

MINISTERIO

ADVENTISTA

Nº 5, 2019



EL ARTE DE LA PAZ:

El pastor y la resolución de conflictos.

06. Entrevista: Otra mirada

18. Exégesis: Los "espí-
tus encarcelados" de
1 Pedro 3:18 al 22

22. Iglesia: Más que
dinero



Koinonía



Walter Steger, editor asociado de *Ministerio Adventista*, edición de la ACES

La Iglesia Adventista del Séptimo Día es un movimiento de alcance global. Esa realidad hace que, muchas veces, sea necesario convivir y trabajar con personas de distintos contextos culturales y sociales, con diferencias notables que pueden dificultar la convivencia. Sin embargo, Dios nos invita a vivir juntos y a compartir las bendiciones del evangelio, a vivir en armonía y prepararnos para el Reino venidero de Dios. ¡Qué desafío! Pero, con esa comisión, también viene aparejada la gracia del Señor.

El Nuevo Testamento habla de una comunidad de creyentes que vivían juntos en armonía, a pesar de sus diferencias, para cumplir una misión común. El concepto, llamado en griego *koinonía* y traducido, generalmente, por la palabra "comunió", describe esta realidad.

El libro de Hechos utiliza tres expresiones para describir la unidad de esta comunidad cristiana primitiva en Jerusalén: "perseveraban unánimes"; "estaban todos unánimes juntos"; y eran "de un corazón y un alma" (Hech. 1:14; 2:1; 4:32).

¡Qué hermosa *koinonía*! Esta *koinonía*, sin embargo, no estuvo exenta de tensiones y desafíos. Y aquí, nuevamente, el libro de Hechos nos da una hermosa visión de cómo resolver los retos a la unidad y la comunió.

Hechos 6:1 al 6 indica una profunda preocupación que surge dentro de la comunidad sobre la distribución diaria de alimentos a las viudas que había en ella. Parece que los doce apóstoles, que eran los responsables por esta distribución de alimentos, muy

probablemente favorecieron a algunas viudas sobre otras. La lección de este episodio es obvia, y es importante recordarla con sincera humildad: incluso los líderes más bendecidos, incluidos tú y yo, pueden cometer errores, y más aún cuando se trata de relaciones interpersonales.

Los apóstoles no intentaron dar ninguna excusa por su error. Fueron sinceros, y reconocieron la existencia del problema. Y luego hicieron algo absolutamente increíble: invitaron al grupo que había sido perjudicado a participar en la búsqueda de una solución al problema.

Los apóstoles creían que aquellos que habían sido perjudicados eran las mejores personas de la comunidad para resolver el problema. Los apóstoles sugirieron que se seleccionaran siete hombres, que se harían cargo de la distribución de alimentos a las viudas; a todas las viudas, tanto hebreas como griegas. Los apóstoles renunciaron a una función de su ministerio para concentrarse en las otras.

La idea fue sorprendente, y puede ser la clave para cualquier resolución exitosa de conflictos dentro de una comunidad de creyentes. Cuando se hace un mal a un grupo o a una persona, quien o quienes cometieron el error deben reconocerlo de inmediato y luego acercarse a la parte perjudicada e invitarla a participar en la búsqueda de la solución al problema, para luego ayudar a implementar la solución.

Hay mucha confianza, gracia y amor en esta historia bíblica. Los apóstoles percibieron un problema, un grupo perjudicado, y confiaron en sus hermanos griegos para ayudarlos a encontrar la solución correcta, sugerir el nombramiento de las personas adecuadas y luego permitirles implementar la solución. Lo sorprendente es el hecho de que los siete hombres designados para la

distribución de alimentos eran de origen griego, justamente el grupo perjudicado. Los apóstoles confiaban en sus hermanos griegos porque creían que ellos también habían recibido la gracia del Espíritu Santo y estaban tan comprometidos con el bienestar del pueblo del Señor como lo estaban los apóstoles. Qué hermoso y genuino respeto por los dones de cada uno.

Este puede ser un buen camino para encontrar una solución adecuada a algunas tensiones que pueden surgir a veces en nuestra propia comunidad eclesial. ¿Qué pasaría si, ante un conflicto, nos dijéramos sinceramente unos a otros: "Lamentamos que hayas sido perjudicado y pedimos perdón"? Y, mejor aún si a eso añadimos la apertura para escuchar sugerencias sobre cómo resolver el problema y nos comprometemos a tratar de implementar las sugerencias de la otra parte.

La idea de unidad se destaca en el libro de Hechos. Al final del capítulo 2, Lucas describe cómo era la iglesia primitiva poco después de la experiencia de Pentecostés: se dedicaban a la enseñanza de los apóstoles y a la "comunió" (*koinonía*), al "partimiento del pan" y a las "oraciones". Los creyentes estaban juntos y tenían todo en común. Todos los días seguían reuniéndose en los atrios del Templo. Partían el pan en sus casas y comían juntos con corazones alegres y sinceros, alabando a Dios y disfrutando del favor de todas las personas (Hech. 2:42-47).

Claramente, esta comunidad cristiana primitiva compartía una verdadera *koinonía*, a pesar de sus diferencias. Esta comunió les permitió tener la fortaleza de encontrar una solución asombrosa para la tensión que experimentarían más tarde. No creo que sea un sueño imposible tener la misma visión para nuestra comunidad de creyentes hoy, con la ayuda de Dios. ^{MA}

Contenidos

ARTÍCULOS DESTACADOS



Teólogos
en conflicto



Los "espíritus
encarcelados"



Conflictos en
la iglesia



Más que
dinero



La propiciación
de la ira divina
y el amor
de Dios



Reflexión
Claves para el
crecimiento

SECCIONES



Entrevista
Otra mirada



Pastor con
pasión
Llamado
inusitado

05. **Entrelíneas**
El llamado

21. **Fue dicho...**
23. **En familia**
Más allá
de lo que se ve

34. **Recursos**
35. **Palabra final**
El arte
de la paz

MINISTERIO ADVENTISTA

Año 67 - Nº 399 / septiembre -octubre, 2019
Staff

Director: Marcos Blanco

Editor asociado: Walter Steger

Pruebas: Martha Bibiana Claverie / Pablo M. Claverie

Director de Diseño: Osvaldo Ramos

Diagramación: Romina Genski

Gerente general: Gabriel Cesano

Gerente financiero: Henry Mendizábal

Director editorial: Marcos Blanco

Gerente comercial: Benjamín Contreras

Gerente de Producción: Julio Ciuffardi

Gerente de Logística: Claudio Menna

Gerente de Educación: Isaac Goncalvez

Gerente de Tecnología y Procesos: Sixto Minetto

MINISTERIO ADVENTISTA es una publicación de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la IASD; editada bimestralmente por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana. Impresa mediante el sistema *offset* en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina. Domicilio legal: Uriarte 2429, C1425FNI, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Responsable de la edición brasileña:

Wellington Barbosa

Consejo editorial:

Lucas Alves; Daniel Montalvan; Adolfo Suárez; Marcos Blanco; Walter Steger; Pavel Goia; Jeffrey Brown

Colaboradores:

Alberto Peña; André Dantas; David Ayora; Edilson Valiante; Efraín Choque; Elieser Ramos; Everon Donato; Geraldo M. Tostes; Henry Mainhard; Iván Samojluk; Juan Zuñiga; Ralides Nascimento; Ronivon Santos; Rubén Montero y Tito Valenzuela

Fotos: Archivo ACES, shutterstock, <http://www.ted-adventist.org>

Foto de tapa: SHUTTERSTOCK

Correo electrónico: aces@aces.com.ar

-110504-

Prohibida la **reproducción total** o **parcial** de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.



REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELLECTUAL RI- 2019-60529575-APN-DN-DAMM.1	CORREO ARGENTINO SUC. FLORIDA (B) Y CENTRAL (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR CLIENTA Nº 10272

Contribuye con la revista **Ministerio**

La revista **Ministerio** es un periódico internacional editado y publicado bimestralmente por la Asociación Casa Editora Sudamericana, bajo la supervisión de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. La publicación está dirigida a pastores y a líderes cristianos.

Orientaciones para los escritores

Buscamos contribuciones que representen la diversidad ministerial de Sudamérica. Ante la variedad de nuestro público, utiliza palabras, ilustraciones y conceptos que puedan ser comprendidos de manera amplia.

Ministerio es una revista con referentes externos. Eso significa que los manuscritos, además de ser evaluados por los editores, podrán ser también evaluados por especialistas en el área abordada por el artículo.

Áreas de interés

- Crecimiento espiritual del ministro.
- Necesidades personales del ministro.
- Ministerio en equipo (pastor-esposa) y relaciones entre ellos.
- Necesidades de la familia pastoral.
- Habilidades y necesidades pastorales, como administración del tiempo, predicación, evangelización, crecimiento de iglesia, entrenamiento de voluntarios, aconsejamiento, resolución de conflictos, educación continua, administración

- de la iglesia, cuidado de los miembros, y otros temas relacionados.
- Estudios teológicos que exploren temas desde una perspectiva bíblica, histórica o sistemática.
- Liturgia y temas relacionados, como la música, el liderazgo y la planificación del culto.
- Temas actuales relevantes para la iglesia.

Extensión

- Secciones de una página: hasta 4.000 caracteres con espacios.
- Artículos de dos páginas: hasta 7.500 caracteres con espacios.
- Artículos de tres páginas: hasta 11.500 caracteres con espacios.
- Ocasionalmente, los editores pueden solicitar artículos sobre temáticas específicas con una extensión mayor.

Estilo y presentación

- Asegúrate de que tu artículo se concentre en el tema. Escribe de manera que el texto pueda ser leído y comprendido fácilmente, a medida que avanza hacia la conclusión.
- Identifica la versión de la Biblia que usas e incluye esa información en el texto. De manera general, recomendamos la versión Reina-Valera 1960.
- Al citar bibliografía, inserta las notas al final del texto (no en notas a pie de página), con referencia completa.
- Utiliza fuente Arial, tamaño 12, texto justificado y espacio interlineal de 1,5.
- Informa en el encabezamiento el área de conocimiento teológico (Teología, Ética, Exégesis, etc.), título del artículo, nombre completo, título académico y actividad actual.
- Envía tu texto a: ministerio@cpb.com.br. No te olvides de enviar una foto de perfil.



PASTOR
ADVENTISTA



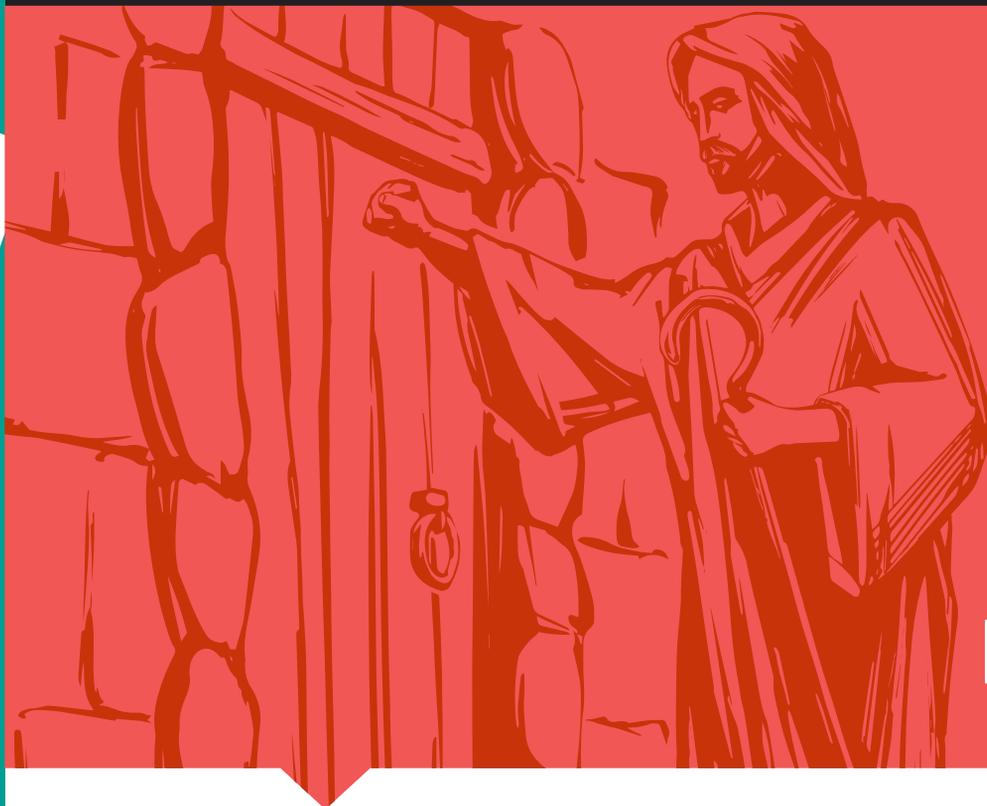
PORTAL DEL
PASTOR

<http://pastor.adventistas.org/es/>



ACTUALIZACIÓN SEMANAL

- Artículos.
- Bosquejos de sermones.
- Descarga de materiales de la Asociación Ministerial y de Evangelismo.
- Material apologético.
- Recomendación de libros.
- Revistas.
- Biblioteca de estudios bíblicos.
- Transmisión de eventos teológicos.
- Banco de imágenes y plantillas de Power Point.



El llamado



Lucas Alves, secretario ministerial de la Iglesia Adventista para América del Sur.

A lo largo de mi ministerio he tenido el privilegio de realizar varias entrevistas a los candidatos al curso de Teología. Recuerdo el modo en que muchos entraban a la oficina, llenos de entusiasmo y sueños. Siempre eran recibidos con la pregunta: "¿Por qué deseas ser pastor?" La respuesta más común era: "Porque Dios me llamó". Y luego oía las más diversas y emocionantes historias relacionadas con el llamado. Para la mayoría de ellos, ese era su punto de referencia, el comienzo de todo, la razón para renunciar a tantas cosas y avanzar por fe. En el corazón de los candidatos, nada era más fuerte que la convicción de que un día servirían a Dios como pastores.

El ministerio se nutre por la certeza de que el llamado no es fruto del azar, de la iniciativa humana ni de algún impulso del corazón, sino que es obra directa de Dios en nuestra vida. Fuimos elegidos, y el Señor asumió total responsabilidad por esa elección. Pablo afirmó a Timoteo:

"Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio" (1 Tim. 1:12). En medio a los desafíos pastorales de Timoteo, Pablo recordó su propio llamado y, más adelante, le pidió a su discípulo que hiciese lo mismo (4:14).

Cuando te sientas sobrecargado, incomprendido o cansado, y acuda a tu mente el deseo de desistir o de hacer otra cosa en la vida, recuerda que Dios te llamó y estará a tu lado enjugando tus lágrimas, fortaleciendo tus manos, dándote descanso y conduciendo tu vida. Cuando el horizonte sea oscuro y el miedo congele tu corazón, vuelve a tu llamado, a tus primeros años de ministerio, a tu ordenación y a las ocasiones en que Dios confirmó tu vocación. Eso te ayudará a mirar hacia adelante con coraje y fe.

¿Por qué es tan importante recordar el llamado? Porque allí está el punto de referencia del propósito de tu vida, la razón que explica por qué haces lo que haces. Quien se olvida de esto corre el riesgo de vivir un ministerio frustrado y mecánico. Mário Sérgio Cortell afirmó: "Una vida pequeña es aquella que niega la vibración de la propia existencia. [...] Ocurre cuando se vive de modo automático, robótico, sin una reflexión sobre el hecho de nuestra existencia y sin conciencia de

las razones por las cuales hacemos lo que hacemos" (*Por que fazemos o que fazemos?*, p. 7). Recuerda que el llamado es el punto de referencia que alimenta la convicción de que no estás solo y de que aquel que te llamó te dirigirá de modo seguro hasta el fin.

Mi corazón rebosa de agradecimiento a Dios cuando leo este pensamiento de Elena de White: "Dios tiene una iglesia, y ella tiene un ministerio designado divinamente [...]. Hombres designados por Dios han sido escogidos para velar, con celoso cuidado y vigilante perseverancia, para que la iglesia no sea destruida por los malos designios de Satanás, sino que subsista en el mundo y fomente la gloria de Dios entre los hombres" (*Testimonios para los ministros*, p. 71). ¿No es esto maravilloso? El Señor tiene una iglesia, un pueblo conformado por las culturas y las características más variadas; pero en el cumplimiento de la misión ese pueblo tiene que dirigir, cuidar e inspirar un ministerio escogido por Dios. No tengo dudas de que las recompensas más grandes del ministerio pastoral serán entregadas en la eternidad. Por eso, nunca olvides tu llamado y sigue adelante, con perseverancia, confianza y entrega. **MA**

Otra mirada

Los conflictos deben resolverse para mejorar las relaciones y estar dispuestos a ver el mundo en todas sus dimensiones, no solo con “nuestras gafas”.



Carlos Chimpén y Soledad Sagrado



por **Wellington Barbosa**

Comprender la dinámica del conflicto desde diferentes perspectivas es una necesidad para las personas que necesitan bregar con él día a día. La pareja de profesores universitarios Carlos Chimpén López y Soledad Sagrado García decidieron profundizar este conocimiento y en esta entrevista compartir algo de su experiencia.

Carlos Chimpén López es Doctor en Psicología y Magíster en Intervenciones en Psicoterapia por la Universidad de Salamanca, España. Además, obtuvo un máster en Terapia Narrativa por la Universidad de Melbourne y la Fundación Dulwich (Australia). Actualmente trabaja como profesor en la Universidad de Extremadura y director del único máster universitario de Terapia Narrativa que existe en español. Es el socio fundador y actual presidente de la Asociación Española de Terapia Narrativa (AETEN).

Soledad Sagrado García es Trabajadora Social y tiene un máster en Mediación Social e Intercultural por la Universidad de Sevilla, España. Actualmente es profesora titular de Formación Profesional en los ciclos de Integración Social, Atención

a Personas en Situación de Dependencia y Educación Infantil. Es secretaria y socia fundadora de la AETEN.

Están casados desde hace casi 25 años y tienen dos hijos, Daniel y Loida, de 23 y 18 años respectivamente, que son el motor y el impulso de todo lo que hacen, y el mayor éxito que han tenido en los ámbitos personal y profesional.

¿Cuáles son los tipos más comunes de conflicto?

En una sociedad tan plural como la actual y sometida a tantos y tan diversos cambios, tanto en los modelos familiares como en las estructuras sociales, no creemos que se puedan reducir los conflictos a un solo tipo. Sin embargo, sí podemos afirmar que los conflictos familiares, en cualesquiera de los nuevos modelos de familia existentes (familias monoparentales, familias reconstituidas, familias extensas, familias de padres/madres del mismo sexo, etc.) son los que afectan más negativamente a las personas que los padecen, por el alto grado de implicación emocional que suponen.

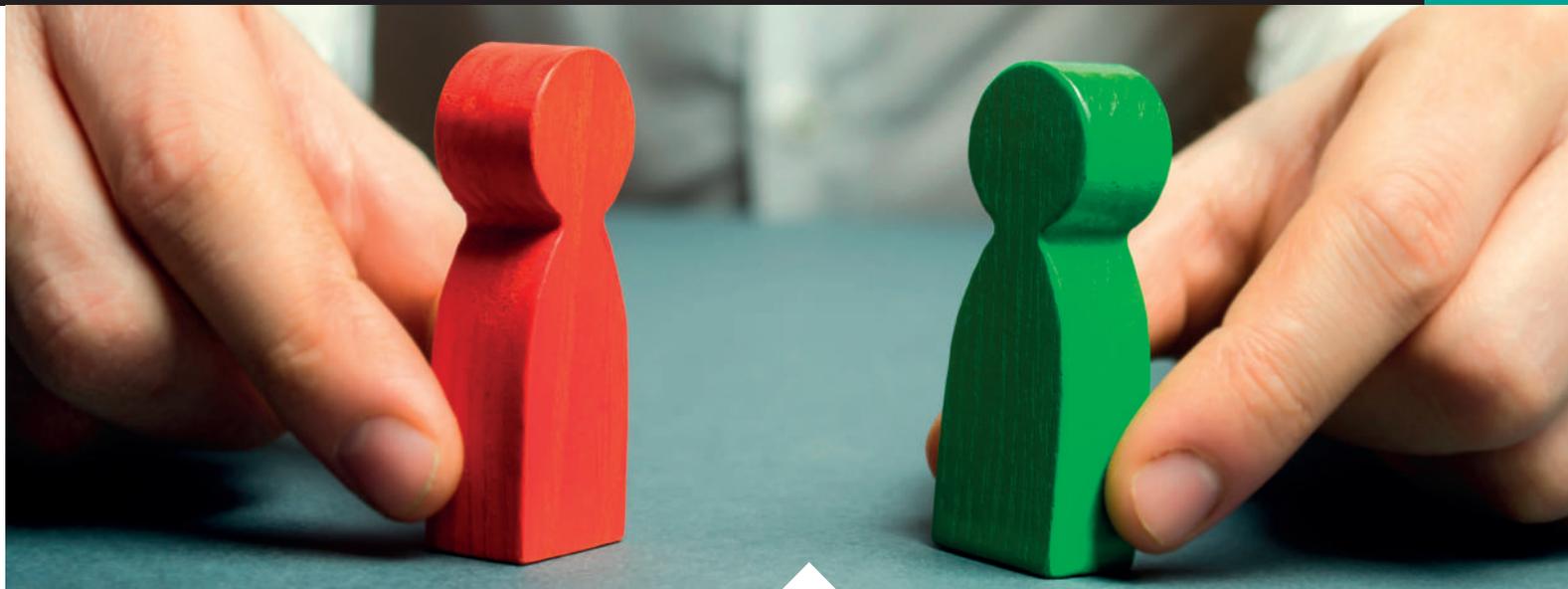
Entre estos tipos, ¿cuál es el más difícil de resolver? ¿Por qué?

En nuestra opinión, no existe un conflicto más difícil de resolver que otros; existen personas que pasan situaciones que les impiden

desarrollar estrategias exitosas de resolución de conflictos y que, por lo tanto, presentan mayor dificultad en su resolución. Lo que sí es importante resaltar es que cuanto más enraizado y fortalecido esté un conflicto, sea del tipo que fuere, más difícil va a ser su resolución. Los conflictos relacionados con las personas con las que tenemos vínculos afectivos profundos son más complejos de tratar, ya que los sentimientos forman parte del conflicto y lo condicionan. También es importante tener en cuenta que la resolución de conflictos es algo que se aprende, y que la sociedad tiene una responsabilidad en este aprendizaje. Debemos enseñar a los niños y las niñas las maneras óptimas de resolución de conflictos desde los primeros momentos de la infancia.

¿Todo conflicto es perjudicial? Si no, ¿de qué modo un conflicto puede ser positivo?

Es muy importante entender que los conflictos no tienen que ser negativos; es más, no son negativos en sí mismos. Entender los conflictos como algo positivo que nos proporciona posibilidades de mejora, formas de crecimiento personal y social, maneras de reconstruir situaciones negativas, etc., es la base para su resolución. Los conflictos no son malos en sí mismos; lo que hacemos con ellos, es decir, la forma en que los gestionamos, es



lo que les da el carácter negativo. Es más, los conflictos son y han sido necesarios para que se produjeran los mayores cambios en la historia de la humanidad. No queremos decir con esto que tengamos que pasarnos la vida "buscando" conflictos, sino que debemos aprender a gestionarlos y a solucionarlos de forma positiva desde temprana edad, para así conseguir sacar de ellos lo mejor. Por ejemplo, no es negativo estar enfadado o sentirnos mal con otra persona; lo negativo es gestionarlo de forma violenta o con agresividad. Que el sentimiento de enfado nos ayude a conocernos a nosotros mismos y a entender y empatizar con el otro sería una forma alternativa de resolución de conflictos en la que este habría perdido su carácter negativo.

¿Cuáles son los principales desafíos al gestionar un conflicto?

El principal desafío en la resolución de cualquier conflicto tiene que ver con lo que hemos visto anteriormente, con creer que todo conflicto es negativo. Cuando vemos

los conflictos como posibilidades es cuando se producen los cambios más significativos. Otro elemento importante sería la empatía, pero no entendida como "ponernos en el lugar del otro" sino entendida como una forma de valorar y empoderar al otro como persona; como una filosofía de vida de respeto hacia los demás, hacia los que nos parecen más distintos de nosotros. De este modo, podríamos entender la empatía como el abandono del etnocentrismo, que nos hace ver a los demás como diferentes y peores que nosotros y nosotras. Ver al otro/a como un igual y no como un rival cambia la gestión de cualquier conflicto.

¿Cómo definirían la mediación, como método de resolución de conflictos?

La mediación es un método que ha demostrado su eficacia y eficiencia en la solución de conflictos en ámbitos tan dispares como los conflictos laborales, de pareja, familiares, ambientales, comunitarios, entre otros. Es importante no confundir la me-

diación con otros instrumentos, como la negociación, el arbitraje y, sobre todo, con la conciliación, que es la que más suele ser utilizada por los pastores en las iglesias.

Podemos definir la mediación como un método alternativo de resolución de conflictos en el que un tercero imparcial, neutral y con herramientas profesionales ayuda a las partes a llegar a un acuerdo por el que ambas ganen. En una mediación, son las partes las que saben más de su conflicto, las que mejor conocen cómo y cuándo se originó, y cómo se fue alimentando y fortaleciendo; y es por eso que son estas mismas partes las implicadas en la resolución del conflicto y en conseguir un acuerdo satisfactorio. Para ello, ambas partes tienen que ceder. Es importante entender que el mediador ni opina, ni sermonea, ni decide ni aconseja; solo escucha de forma activa y pone en juego sus conocimientos para conseguir que las partes lleguen a un acuerdo por el cual ambas ganen.

La mediación es una herramienta muy eficaz, pero al mismo tiempo es un instru-



“La resolución de conflictos es algo que se aprende, y la sociedad tiene una responsabilidad en este aprendizaje. Debemos enseñar a los niños y las niñas las maneras óptimas de resolución de conflictos desde los primeros momentos de la infancia”.



mento profesional que exige formación y preparación por parte de las personas que van a ser mediadores. Por lo tanto, para contestar la pregunta, podríamos decir que el pastor tiene que tener una formación específica y profesional como mediador para poder poner en práctica esta herramienta tan poderosa dentro de las iglesias. No queremos decir con esto que el pastor no pueda ayudar a las personas si no es mediador profesional, si no que de no estar formado y preparado en mediación empleará otro tipo de herramientas, pero no la mediación como tal.

Algunos pastores ignoran los problemas, pensando así evitar los conflictos. Esta estrategia ¿es válida? ¿Cuáles son las principales consecuencias de este tipo de comportamiento?

Eludir o ignorar un conflicto o problema es una forma de gestionarlo de forma negativa y poco eficaz, pero es algo bastante común, ya que a lo largo de nuestra vida hemos visto a muchas personas actuar de la misma forma frente a los problemas y hemos aprendido esos modelos por imitación. Lo importante es entender que los problemas no desaparecen; solo crecen, se multiplican y alcanzan a más gente y de manera más profunda cada vez. Esta

manera de gestionar los conflictos provoca en las personas frustración, sentimientos de impotencia, y puede derivar en conductas agresivas. Las consecuencias que suelen tener es que las personas pierden la confianza en sí mismas, presentan problemas de autoestima, y también tienen más dificultades para confiar en otras personas y en figuras representativas para ellas, como los pastores.

¿Cuál es la mejor forma de resolver conflictos?

No hay una sola forma de resolver los conflictos; lo importante es quitarles su carga de negatividad y dotar a las personas de experiencias positivas a la hora de enfrentar una situación conflictiva. Sin embargo, creemos que es muy importante valorar la diversidad de opiniones, culturas, valores, pensamientos, comportamientos... ver a los que son diferentes de nosotros como personas que suman, que aportan y ayudan, no percibirlos como enemigos.

Hay que resolver los conflictos con interés por mejorar las relaciones y con una disposición positiva a dejar de ver el mundo con "nuestras gafas", para poder verlo en toda su dimensión. La mejor forma de resolver un conflicto es hacerlo no con la intención de "ganar" o dañar al otro, sino con la intención de ayudar al otro y a mí

mismo a crecer como persona, y a mejorar la relación en el momento actual y de cara al futuro. La mejor forma es ver el conflicto desde un punto de vista relacional, dejando el individualismo a un lado.

¿Cómo desarrollar una cultura de iglesia que minimice los conflictos y maximice la armonía?

Esta pregunta es de difícil solución, ya que no hay dos iglesias iguales y tampoco hay una fórmula mágica que se pueda aplicar en todos los conflictos. A riesgo de parecer repetitivos, creemos que la única forma de minimizar los conflictos es respetar a los demás como personas diferentes, abandonar los prejuicios y las ideas preconcebidas en relación con los demás, y tener como meta el respeto al prójimo y a uno mismo. De nuevo, lo relacional cobra mucho sentido. Las iglesias son estructuras formadas por personas, y como tales vamos a encontrar muy variadas formas de pensar, los conflictos van a ser inevitables, y por eso es importante que enseñemos a los niños desde temprana edad a gestionarlos de forma positiva, a entenderlos como algo que ayuda en nuestro crecimiento como personas y como iglesia. Como en tantas otras cosas, la prevención mediante la formación es la mejor estrategia para garantizar la armonía en nuestras iglesias. **MA**

Encontrarnos con quienes amamos

SUSCRIPCIÓN 2020

Trabajamos cada día para brindar literatura que te ayude a crecer y te acompañe en cada etapa de la vida. Te invitamos a tener momentos con Dios a solas y en familia.

¡Suscríbete a través de tu coordinador de Publicaciones!





Teólogos en conflicto

Lecciones de la historia adventista sobre cómo administrar divergencias doctrinarias.



Denis Kaiser, Doctor en Teología, es profesor del Seminario Teológico de la Universidad Andrews.

Así como el pueblo de Dios de los tiempos bíblicos aprendió de los errores y las victorias de sus antepasados, nosotros también podemos madurar al observar los errores de nuestros pioneros. El debate en la historia adventista sobre la interpretación de *tamid* (“diario”, “continuo”, “perpetuo”) en Daniel (8:11-13; 11:31; 12:11) es un ejemplo que puede enseñarnos a resolver conflictos.

Inicialmente, el *tamid* era identificado como Roma pagana. Sin embargo, a inicios del siglo XX, algunos ministros adventistas comenzaron a interpretar el término en vinculación con el ministerio de Cristo en el Santuario celestial.¹ Las diferencias no se limitaron a los aspectos teológicos y exegéticos, sino que incluyeron también cuestiones personales, como emociones, espiritualidad, suposiciones, agendas ocultas

y polémicas. Este artículo discute brevemente el clima espiritual de aquel debate y resume el modo en el que Elena de White afrontó la situación. Este análisis puede proveer *insights* válidos para lidiar con disputas modernas.

Radiografía del conflicto

Ambas partes (la que identificaba el *tamid* con el paganismo romano [visión antigua] y la que relacionaba el término con el ministerio celestial de Cristo [nueva visión]) tenían razones para creer que su visión era la correcta. Los primeros señalaban que Elena de White había hecho una declaración hacía unos sesenta años que parecía establecer la identidad del *tamid*.² Por lo tanto, la adopción de una nueva explicación podría ser considerada como un cuestionamiento a la autoridad de Elena de White y ciertamente desafiaría el liderazgo de Cristo en el Movimiento Adventista. Para ellos, el tema era de gran importancia.

Por otro lado, el segundo grupo argumentaba que el fundamento del tema provenía

enteramente de las Escrituras y que no precisaba de un árbitro final extrabíblico,³ lo que aparentemente debilitaba la autoridad de los escritos de Elena de White. Debe notarse, sin embargo, que cuando algunos de los proponentes compartían algunas semejanzas y diferían en otros puntos importantes, eran vistos como miembros del mismo grupo: culpa por asociación.

A todo esto, Elena de White criticó a ambos bandos. Ella no aprobó a aquellos que se apoyaron en sus textos para resolver la cuestión: “Pido que mis escritos no sean usados para definir cuestiones sobre las cuales ahora hay mucha controversia. Ruego a los pastores H, I, J y otros de nuestros hermanos dirigentes que no hagan referencia a mis escritos para sostener sus puntos de vista sobre ‘el continuo’. [...] No puedo consentir que ninguno de mis escritos sea tomado para definir este asunto. [...] Ahora pido que mis hermanos del ministerio no usen mis escritos en sus argumentos en cuanto a esta cuestión”.⁴

Ella presentó dos razones para esa precaución. En primer lugar, dijo que no recibió

“instrucción sobre este punto en discusión”.⁵ En segundo lugar, este debate le fue presentado como uno sin “importancia vital” o de “menor importancia”.⁶ De este modo, aunque no tuvo ninguna revelación sobre la definición exacta del *tamid*, Elena de White tuvo instrucciones divinas sobre la dimensión del asunto. Por lo tanto, incluso aquellos que sostenían la primera interpretación y empleaban sus escritos para apoyar su posición tuvieron que admitir que la cuestión en sí era de menor importancia.⁷

Al mismo tiempo, Elena de White criticó a los defensores de la nueva interpretación, por hacer foco excesivo en asuntos triviales e intentar sembrar la discordia.⁸ En relación con William Prescott, lamentó que pasara horas discutiendo puntos secundarios que no tenían significado real “para la salvación del alma”.⁹ También lamentó la tendencia que tenía de insistir en errores en la historia de nuestra iglesia que resultaron en confusión, incredulidad y cuestionamiento de verdades simples.¹⁰ De hecho, algunos de los promotores de la nueva visión sustentaban que los escritos de Elena de White no tenían significado doctrinal, que los adventistas del séptimo día no necesitaban una confirmación infalible de sus enseñanzas y que el argumento para defender la interpretación antigua era absurdo.¹¹

Aunque no considerase importante el tema, por algún tiempo Elena de White intentó unir las dos partes para orar y estudiar la Biblia porque, en su opinión, sería por medio de la investigación solemne y fervorosa de la Palabra que las cuestiones exegéticas y teológicas serían resueltas.¹² Sin embargo, aquellos que ayudaron a edificar la iglesia no lograban tragar la arrogancia de los promotores de la nueva visión. Esto puede explicar por qué a mediados de 1910

los defensores de la antigua visión se negaban a participar de estas reuniones. Ellos creían que ese diálogo no tendría éxito.¹³

Es fácil comprender por qué Elena de White intentó desviar la atención de las especificidades de los aspectos exegéticos o teológicos hacia el problema espiritual subyacente. Ella sugirió que las opiniones preconcebidas, las malas sospechas, la conducta anticristiana, los corazones insensibles y la falta de amor mutuo conspiraron contra cualquier solución real y contra la verdadera unidad cristiana.¹⁴

Resultados del conflicto

Elena de White mantuvo contacto con los miembros de ambos grupos, concientizándolos de sus respectivos errores, y presentándoles las implicaciones potenciales y reales del conflicto. Ella enfatizó que el verdadero problema no residía en las cuestiones exegéticas o teológicas, sino en las circunstancias espirituales.

Por lo tanto, solicitó repetidas veces que Arthur Daniells y William Prescott dejaran de señalar fallas en las principales publicaciones confesionales. Elena de White afirmó que, aunque algunos de los autores no estuvieran más vivos, era necesario recordar que Dios los había utilizado y por su intermedio había llevado a muchos al conocimiento de la verdad. Además, también exhortó a que los líderes fueran extremadamente cuidadosos de no insertar ningún tema en la *Review* que sugiriera “fallas en nuestra experiencia pasada” como algunos de los principales ministros habían señalado en la doctrina del Santuario con relación a la naturaleza del *tamid*. La inclinación a “buscar cosas para criticar o condenar” no fue inspirada por Dios, ni un trabajo designado a ellos

por el Señor.¹⁵ Elena de White reconoció que algunas publicaciones adventistas que trajeron “a muchos al conocimiento de la verdad” contenían cosas de “menor importancia” que debían ser cuidadosamente estudiadas y corregidas.¹⁶ En su opinión, el punto en discordia, sin embargo, era “sin importancia” e “innecesario”; y no era “vital” ni “esencial para la salvación”.¹⁷

Sería contraproducente, por lo tanto, hacer demasiado énfasis en esas cosas, y llamar la atención de todos sobre ellas. Por ejemplo, en lugar de tener ministros, colportores y administradores debatiendo públicamente esas cuestiones, la responsabilidad de estudiarlas debería estar sobre aquellos que fueron “regularmente asignados” para esa tarea. En caso contrario, resultaría en descrédito para la literatura destinada a salvar personas, en argumentos contra la iglesia y en dudas en aquellos que habían aceptado el mensaje recientemente.¹⁸

Elena de White habló abiertamente con Arthur Daniells,¹⁹ quien tendía a utilizar el peso de su cargo como presidente “para decidir la cuestión”. Ella le dijo que Dios no lo había llamado para decidir cuestiones teológicas ni para entrometerse en las publicaciones de la iglesia. Además, condenó el ejercicio de ese “poder dominante”, o “poder regio”, pues el presidente de una Asociación o de la Asociación General no debería ser un líder opresivo.²⁰ Del mismo modo, reprendió a Stephen Haskell por republicar el diagrama de 1843,²¹ porque tendía a crear confusión, discusiones y divisiones. Fue un error que se convirtió en un juguete en las manos de Satanás.²²

Concentrarse en el asunto del *tamid* desviaba la atención de los líderes de la iglesia de las oportunidades que deberían ser utilizadas para presentar el mensaje de



*“Concentrarse en el asunto del **tamid** desviaba la atención de los líderes de la iglesia de las oportunidades que deberían ser utilizadas para presentar el mensaje de salvación a las personas y capacitar a los miembros de iglesia para hacer lo mismo”.*



salvación a las personas y capacitar a los miembros de iglesia para hacer lo mismo.²³ Elena de White señaló que ambos grupos no actuaban sabiamente y necesitaban sabiduría divina.²⁴ El comportamiento que presentaban animaría a los agentes satánicos a promover pequeñas diferencias y a ampliarlas como grandes divergencias para producir confusión, divisiones, incertidumbres, cuestionamientos e incredulidad entre creyentes y no creyentes.²⁵ La agitación sobre el tema no solo desestabilizaría las mentes y “desacreditaría la verdad” sino también tentaría a aquellos que no habían sido completamente convertidos a sacar conclusiones rápidas y tomar decisiones precipitadas.²⁶ Las personas perderían la confianza en el liderazgo divino del Movimiento Adventista y en las “doctrinas que fueron establecidas bajo la guía del Espíritu Santo”.²⁷ Restablecer la confianza de quienes habían sido confundidos exigiría mucho tiempo y esfuerzo.²⁸

Aparte del perjuicio causado a los miembros de iglesia, Elena de White también anticipó daños al trabajo evangelizador. Repetidas veces ella enfatizó que el comportamiento anticristiano de algunos ministros y dirigentes de la iglesia y la murmuración sobre supuestas equivocaciones y fallas en las publicaciones adventistas y en las experiencias pasadas solo proveían munición para que Satanás movilizara a los oponentes de la verdad, personas “que se alejaron de la fe” y “salieron de entre nosotros”. Ellos sacaron provecho de ese conflicto interno y crearon una “montaña

de un montículo de tierra”.²⁹ Como resultado, impedirían el trabajo evangelizador, desviarían a las personas de la verdad y causarían “un problema aún mayor”.³⁰

Redirección espiritual

Como fue mencionado, para Elena de White los detalles teológicos y exegéticos del debate eran de menor importancia; el verdadero problema subyacente era de naturaleza espiritual. Esto se evidencia en la cantidad de veces que ella afirmó que los líderes de ambos grupos estaban incentivando a “Satanás”, “agencias satánicas”, “ángeles malos”, “el enemigo”, “el enemigo de la verdad” y “ángeles caídos”.³¹ Dado esto, es fácil comprender por qué ella enfatizó la necesidad de una redirección espiritual como la solución para el conflicto. Por ello, Elena de White instó a los principales ministros y miembros de iglesia a humillar el corazón ante el Señor y a orar con fervor.³² Ellos debían seguir el ejemplo de Cristo y cultivar la mansedumbre y la humildad de corazón (Mat. 11:29).³³ Ella resaltó que el debate sobre el *tamid* era completamente innecesario, pero que había una necesidad real de buscar al Señor para una reconversión,³⁴ una “verdadera conversión del corazón y de la vida”.³⁵ “El Señor exhorta a que se conviertan diariamente”.³⁶ “Bajo el control del Espíritu Santo”, los miembros debían consagrar sin reservas el corazón a Dios, depender totalmente de él y cooperar con la influencia celestial.³⁷ Ese esfuerzo “individual”³⁸ produciría una “impresión

sagrada” en la mente de otros ministros, miembros de iglesia y nuevos conversos.³⁹

Un segundo aspecto importante enfatizado por Elena de White fue la necesidad de unidad. Ella deseaba fuertemente ver en los ministros el deseo de responder la última oración de Jesús (Juan 17) y desarrollar la verdadera unidad cristiana.⁴⁰ Les pidió que enterraran sus diferencias y “avanzaran juntos”, que mantuvieran un “frente unido”, “estuvieran juntos bajo la guía del Espíritu Santo”, mostraran “respeto por los más ancianos” y, en la medida de lo posible, que estuvieran de acuerdo con las predicaciones y actividades de ellos.⁴¹ Es interesante notar que Elena de White no les pidió que renunciaran a sus distintas posiciones, sino que se abstuvieran de expresar sus diferencias de opinión.⁴² Ella explicó que las personas necesitaban cultivar la sabiduría de saber cuándo hablar y cuándo callar, qué cargas debían cargar y qué cosas era importante dejar de lado.⁴³ Evitar conflictos, confiar unos en otros, cooperar en la obra de salvación y predicar la verdad “hará una impresión poderosa en las mentes humanas”, pues “hay fortaleza en la unidad”.⁴⁴

Aparte de hacer énfasis en la necesidad de la conversión diaria de la verdadera unidad cristiana, Elena de White también les pidió a los ministros que se concentraran en los diferentes ramos del ministerio: iglesia, escuela, familia y evangelismo. Ellos debían predicar y enseñar los “asuntos importantes de [la] verdad”, las “verdades sagradas” y las “cuestiones vitales” de un modo sincero, simple y coherente. El *tamid*

y asuntos relacionados no eran una "piedra de toque", aunque muchos presentaban la cuestión de esa forma, pero las verdaderas "piedras de toque" eran la obediencia y la salvación. "los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo".⁴⁵ Los pastores no debían limitarse a predicar a los miembros de iglesia, sino también entrenarlos y orientarlos. Por lo tanto, ellos mismos debían aprender las enseñanzas simples, más esenciales, de Cristo y también enseñar a los miembros de iglesia "cómo dar a los demás el conocimiento de la verdad salvadora para este tiempo".⁴⁶

En particular, la iglesia debía realizar esfuerzos especiales y sinceros para ayudar a los padres a consagrar su tiempo y su fuerza a sus hijos, para que ellos pudiesen entender la necesidad de buscar a Cristo para su propia salvación.⁴⁷ De idéntica manera, en todas las escuelas adventistas, los maestros debían ayudar a sus alumnos a aprender cómo ser salvos y "vestir el manto blanco de la justicia de Cristo".⁴⁸

Yendo más allá de los esfuerzos por los miembros de iglesia, padres e hijos, Elena de White frecuentemente llamaba la atención a una causa aún descuidada, la necesidad de evangelizar las ciudades.⁴⁹ Los ministros debían "predicar la Palabra", seguir el ejemplo de Cristo al salvar a las personas y compartir el mensaje de salvación con aquellos que viven en las grandes ciudades, así como en los campos misioneros de todo el mundo.⁵⁰

Conclusión

La historia del debate sobre el *tamid* en Daniel 8 y de cómo el problema fue resuelto puede ayudarnos a afrontar discusiones actuales. Elena de White dijo a las dos partes que las Escrituras debían ser la base para esclarecer cuestiones doctrinarias y exegéticas. Sin embargo, solucionarlas solo es posible cuando todos los involucrados se acercan a la mesa con un espíritu fraterno. La falta de disposición para llegar a un acuerdo y encontrar una respuesta bíblica no debe ser disculpa para presentar un tema polémico, sino un llamado a la búsqueda individual de un nuevo corazón. Si la interacción entre las partes no está caracterizada por un buen espíritu, la discusión sobre el asunto solo empeorará las cosas. Ambos lados deben alejarse del asunto y concentrarse en la conversión personal, en la capacitación de los miembros de iglesia, en la educación de los padres,

los hijos y los estudiantes, en compartir el evangelio con los necesitados de salvación. Todos esos ramos del ministerio deben ser permeados por un deseo mutuo de unidad y por el propósito de desarrollar una relación estrecha con Jesús.

Aunque una investigación conjunta sobre el *tamid* fuera imposible en sus días, Elena de White vio que habría, en el futuro, un tiempo para estudiar más el asunto, con base en las Escrituras. Conforme ella indicó, la cuestión debía ser colocada a un lado "en este momento", "ahora", "ahora mismo", "en este período de nuestra historia" y "en esta etapa de nuestra experiencia".⁵¹ Quedó claro, por lo tanto, que el espíritu con el cual la iglesia aborda las cuestiones doctrinales y las prácticas es más importante que resolver las cuestiones en sí.^{MA}

Referencias

- ¹ Denis Kaiser, "The history of the Adventist interpretation of the 'daily' in the book of Daniel from 1831 to 2008" (Tesis de maestría, Universidad Andrews, 2009).
- ² Ver Jerry Moon, "Diário, O", en *Enciclopédia Ellen G. White*, eds. Denis Fortin y Jerry Moon (Tatuí, SP: Casa Publicadora Brasileira, 2018), pp. 826-828.
- ³ Por ejemplo, L. R. Conradi a J. N. Loughborough, 16/4/1907; L. R. Conradi a A. G. Daniells, 11/10/1910.
- ⁴ Elena de White, *Mensajes selectos* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2015), t. 1, p. 201.
- ⁵ *Ibid.*; cf. *Manuscript Releases* (Silver Spring, MD: Ellen G. White Estate, 1981-1993), t. 9, p. 107; t. 12, p. 224.
- ⁶ *Ibid.*, p. 202; cf. *Manuscript Releases*, t. 9, p. 106; t. 12, p. 224; t. 10, p. 334.
- ⁷ S. N. Haskell a A. G. Daniells, 27/1/1908; E. G. White a W. C. White, 6/12/1909.
- ⁸ White, *Manuscript Releases*, t. 10, pp. 334, 359.
- ⁹ White, *Manuscript Releases*, t. 10, p. 359.
- ¹⁰ White, *Manuscript Releases*, t. 12, pp. 223-225.
- ¹¹ L. R. Conradi a A. G. Daniells, 11/10/1910; L. R. Conradi a J. N. Loughborough, 16/4/1907.
- ¹² White, *Manuscript Releases*, t. 20, p. 223.
- ¹³ *Ibid.*
- ¹⁴ White, *Manuscript Releases*, t. 9, p. 106; t. 20, p. 223; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ¹⁵ White, *Manuscript Releases*, t. 12, p. 225; t. 9, p. 106; t. 10, p. 336; t. 20, pp. 17, 18, 20.
- ¹⁶ White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 202.
- ¹⁷ White, *Manuscript Releases*, t. 10, p. 359; t. 12, p. 224; t. 9, p. 106; t. 20, pp. 17, 18; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ¹⁸ White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 202.

- ¹⁹ Presidente de la Asociación General entre 1901 y 1922.
- ²⁰ White, *Manuscript Releases*, t. 20, pp. 19-21.
- ²¹ Ver P. Gerard Damsteegt, *Foundations of the Seventh-day Adventist Message and Mission* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1977), pp. 54, 310.
- ²² White, *Manuscript Releases*, t. 9, p. 106.
- ²³ White, *Manuscript Releases*, t. 20, p. 17; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ²⁴ White, *Manuscript Releases*, t. 12, p. 224; t. 9, p. 106; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ²⁵ White, *Manuscript Releases*, t. 10, pp. 334, 336, 337; t. 12, pp. 224, 225; t. 9, p. 106; t. 20, pp. 17, 18, 21, 22; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ²⁶ White, *Manuscript Releases*, t. 12, pp. 223, 224; t. 9, p. 107; t. 20, p. 21.
- ²⁷ White, *Manuscript Releases*, t. 9, p. 107; t. 10, p. 337.
- ²⁸ White, *Manuscript Releases*, t. 10, p. 337.
- ²⁹ White, *Manuscript Releases*, t. 10, p. 334; t. 9, p. 106.
- ³⁰ White, *Manuscript Releases*, t. 10, pp. 336, 359; t. 12, pp. 224, 225; t. 9, p. 106; t. 20, pp. 18, 21; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ³¹ White, *Manuscript Releases*, t. 10, pp. 334, 336, 337; t. 12, p. 225; t. 9, p. 106; t. 20, pp. 17, 18, 21, 22.
- ³² White, *Manuscript Releases*, t. 12, p. 223; t. 20, p. 20; t. 10, p. 337; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ³³ White, *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ³⁴ White, *Manuscript Releases*, t. 20, p. 20; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ³⁵ White, *Manuscript Releases*, t. 12, p. 223.
- ³⁶ White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 203.
- ³⁷ White, *Manuscript Releases*, t. 9, pp. 107, t. 20, p. 21; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 202-204.
- ³⁸ White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 204.
- ³⁹ *Ibid.*, pp. 204-206.
- ⁴⁰ *Ibid.*
- ⁴¹ White, *Manuscript Releases*, t. 20, pp. 18-20, 223; t. 9, p. 106; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204, 205.
- ⁴² White, *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.
- ⁴³ White, *Manuscript Releases*, t. 10, p. 334; t. 20, pp. 18, 19.
- ⁴⁴ White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 205.
- ⁴⁵ White, *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 201-206; *Manuscript Releases*, t. 12, pp. 224, 225.
- ⁴⁶ White, *Manuscript Releases*, t. 12, p. 225.
- ⁴⁷ White, *Manuscript Releases*, t. 12, pp. 223, 224.
- ⁴⁸ White, *Manuscript Releases*, t. 12, p. 223.
- ⁴⁹ White, *Manuscript Releases*, t. 20, pp. 18-21.
- ⁵⁰ White, *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 202-206; *Manuscript Releases*, t. 20, pp. 18, 19, 21; t. 10, pp. 335, 336.
- ⁵¹ White, *Manuscript Releases*, t. 20, p. 17; t. 12, pp. 223-225; *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 204-206.



Conflictos en **la iglesia**

Consejos para gestionar conflictos
en la iglesia local.

El término “conflicto” ha sido comprendido como “una disonancia (tensión o antagonismo) interpersonal y/o intrapersonal intensa entre dos o más partes en relación con objetivos, necesidades, deseos, valores, creencias y/o actitudes incompatibles”.¹ Por ejemplo, en el diccionario de la Real Academia Española, la palabra también es definida como combate, lucha, pelea, situación desgraciada y de difícil salida.²

Los conflictos forman parte de la humanidad desde la entrada del pecado en el mundo. Debido al egoísmo que pasó a reinar en el corazón, el ser humano ha buscado el triunfo en todas las situaciones posibles. Podemos constatar situaciones conflictivas en escenarios que van desde un simple debate relacionado con asuntos triviales hasta cuestiones complejas ligadas al poder, al dinero y al territorio.

Conflictos en la Biblia

El primer conflicto descrito en las Escrituras tuvo lugar en el Edén. Aunque no esté narrado de un modo explícito, es la causa primaria de todas las discordias posteriores. Se caracterizó por el distanciamiento, por la falta de confianza, el intento de exención de responsabilidad, el deseo de supremacía y, como consecuencia, culpa y relaciones rotas. De todos los conflictos narrados en la Biblia, el principal es la gran controversia entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás (Gén. 3; Apoc. 12).

La experiencia de la primera pareja revela el elemento generador de conflictos: la intromisión del enemigo en la relación entre el hombre y la mujer, y en la relación de ambos con su Creador. La discordia se estableció cuando Eva se distanció de su compañero y quedó susceptible a oír a un tercero. La duda se implantó en el corazón y ella comenzó a cuestionarse si Dios estaba realmente en lo correcto al prohibirle disfrutar de algo que podría ser bueno.

Todo lo que siguió fue trágico y doloroso: Eva culpó a la serpiente, e indirectamente responsabilizó al Señor por aquella tragedia; Adán, el compañero amado, se convirtió en el acusador de su propia esposa e intentó librarse de su culpa; un animal inocente fue la víctima, al ser inmolado para cubrir la desnudez de la primera pareja; ellos fueron expulsados del Paraíso; el planeta sufrió los efectos de la Caída y, para empeorar las cosas, Adán y Eva vieron el odio nutrido en

el corazón de su hijo mayor, lo que lo llevó a asesinar a su propio hermano.

Así como otros relatados en las Escrituras, este primer conflicto revela que toda divergencia necesita ser identificada, mediada y resuelta, para que no llegue a causar graves consecuencias a las partes involucradas.

En el Nuevo Testamento, el libro de Hechos retrata una seria divergencia entre los fieles poco después del inicio de la iglesia cristiana. Lucas afirma que “en aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria” (Hech. 6:1). ¿El motivo? Las viudas de habla griega creían no estar siendo atendidas correctamente por los cristianos de habla hebrea. Así, el conflicto tenía que ver con una cuestión étnica, aunque el mensaje central del evangelio anunciado por la iglesia fuese la salvación a todos los habitantes del mundo.

Elena de White comentó esta situación diciendo: “Sucedió que, habiendo crecido el número de discípulos, logró Satanás despertar las sospechas de algunos que anteriormente habían tenido la costumbre de mirar con envidia a sus correligionarios y de señalar faltas en sus jefes espirituales. Así, ‘hubo murmuración de los helenistas contra los hebreos’. El motivo de la queja fue un supuesto descuido de las viudas griegas en el reparto diario de socorros. Toda desigualdad habría sido contraria al espíritu del evangelio; pero Satanás había logrado provocar recelos. Por lo tanto, era indispensable tomar medidas inmediatas que quitasen todo motivo de descontento, so pena de que el enemigo triunfara en sus esfuerzos y determinase una división entre los fieles”.³

No obstante, Dios utilizó la crisis para dar entendimiento a los apóstoles sobre la necesidad de organización, para que la iglesia prosperase cada vez más y de forma ordenada. “Los apóstoles reunieron a los fieles en asamblea, e inspirados por el Espíritu Santo expusieron un plan para la mejor organización de todas las fuerzas vivas de la iglesia. Dijeron los apóstoles que había llegado el tiempo en que los jefes espirituales debían ser relevados de la tarea de socorrer directamente a los pobres, y de cargas semejantes, pues debían quedar libres para proseguir con la obra de predicar el evangelio. Así que, dijeron: ‘Busquen pues, hermanos, siete varones de buen testimonio,



Erico Tadeu Xavier, Doctor en Teología, es profesor en la Facultad de Teología del Instituto Adventista Paranaense, Brasil.

llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, a los cuales pongamos en esta obra. Y nosotros persistiremos en la oración, y en el ministerio de la palabra. Los fieles siguieron este consejo, y por oración e imposición de manos fueron escogidos solemnemente siete hombres para el oficio de diáconos”.⁴

Por lo tanto, las crisis forman parte de la experiencia humana y pueden servir como punto de partida para nuevas oportunidades, siempre que sean bien gestionadas.

Conflictos en la iglesia

La iglesia está compuesta por diferentes tipos de personas: miembros de diferentes edades y culturas, niveles de madurez, educación y experiencia espiritual. No podemos olvidar que el enemigo siembra la cizaña, y esta tiene apariencia de trigo y vive con el trigo, pero no es trigo (Mat. 13:25-32). Esa variedad de características puede convertirse en un elemento generador de conflictos, pero también puede ser un factor de aprendizaje y desarrollo de la paciencia y el perdón, si es encarada con humildad y optimismo.

Generalmente, los conflictos en la iglesia contemporánea surgen por diferentes motivos: disputas por cargos, ambición de poder o estatus, desacuerdos doctrinales o administrativos, ausencia de planificación, liderazgo débil, falta de compromiso o reconocimiento, sobrecarga de actividades, mala gestión de los recursos financieros, difamación, entre otras causas.

Cuando hay divergencias entre los miembros de iglesia, todos se perjudican. Aun las personas que no están directamente involucradas son afectadas por causa de la vergüenza y la difamación del nombre de Cristo. La misión y el crecimiento de la iglesia dependen de las buenas relaciones, y cuando hay conflictos estos son tremendamente perjudicados.

Aprender a solucionar los conflictos, por lo tanto, debe ser una de las prioridades del pastor. La ausencia de buenos métodos en la resolución o la administración de divergencias puede perjudicar las relaciones y los ministerios de la comunidad.

Generalmente, es muy alto el precio que se paga por los conflictos no resueltos en la iglesia. Ellos debilitan la vitalidad espiritual de los involucrados, desvían el foco de la misión, interrumpen la comunicación, provocan decisiones unilaterales que producen alineación y desconfianza, cambian la unidad por divisiones, transforman amigos en enemigos, vuelven negativo el testimonio, causan infidelidad en los diezmos y las ofrendas, llevan a algunos a abandonar la fe, aumentan la tensión en los que permanecen, reducen o aniquilan los ministerios vitales y perjudican la reputación de la iglesia en la comunidad.

¿Cómo resolverlos?

A continuación, presento algunas sugerencias prácticas para lidiar con los conflictos interpersonales en el contexto de la iglesia.

Admite que, aun siendo cristianos, todos somos susceptibles al error. “No podemos decir cuánto alcance puedan tener nuestras palabras tiernas y bondadosas, nuestros esfuerzos semejantes a los de Cristo para aliviar alguna carga. Los que yerran no pueden ser restaurados de otra manera que por el espíritu de mansedumbre, amabilidad y tierno amor”.⁵

Nunca dejes un conflicto sin solución. Normalmente, cuando existen conflictos que involucran a los miembros de iglesia, ninguna de las partes siente que es su deber tomar la iniciativa de buscar a la otra parte para dialogar y resolver la cuestión. Le toca entonces al pastor o al líder utilizar el sentido común y, principalmente, discernimiento espiritual, para encontrar la solución al problema, teniendo en cuenta que una iglesia dividida no prospera. Dejar una divergencia sin solución puede acarrear consecuencias desastrosas para la vida espiritual de los afectados y causar daños terribles a la obra de Dios.

Utiliza siempre el diálogo para resolver los conflictos. La conversación es el mejor camino para llegar a un denominador común en los desencuentros. Un dicho popular en el ambiente jurídico dice que “es mejor un mal arreglo que un buen juicio”. El pastor o el líder de iglesia debe llevar a la congregación a la comprensión de que la resolución de los conflictos es imprescindible para las buenas relaciones entre hermanos. Es inconcebible la idea de que, para resolver diferencias, los cristianos debemos buscar la justicia

común. Dios promete conceder sabiduría e iluminación del Espíritu Santo a todos los que buscan una solución para sus conflictos interpersonales con corazón sincero. “La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor” (Prov. 15:1).

Acepta la solución encontrada. La solución deseada no siempre será la solución posible. La iglesia está compuesta por seres humanos, cada cual con su personalidad singular. Lo que es satisfactorio para uno puede no serlo para otro. Por eso, tenemos la necesidad de estar constantemente en comunión con Dios, rogando por sabiduría divina para solucionar las demandas de la iglesia del Señor.

Ten disposición a solucionar el problema. La mansedumbre (Gál. 6:1), la humildad (Sant. 4:10), la inclinación a perdonar (Efe. 4:31, 32) y la paciencia (Sant. 1:19, 20) son características que Cristo desea que comuniquemos a sus hijos. Son elementos esenciales para reconstruir las relaciones quebradas y transformarlas en relaciones duraderas.

Considera tu ámbito de actuación. Es necesario que el pastor o el líder tenga conciencia de que las cosas pueden salirse de control cuando se trata de solucionar conflictos. Aunque hagas lo que sea posible y necesario, la situación puede llegar a un punto que no debas sobrepasar. Hay que respetar ese límite, incluso para preservar la salud emocional.

Cuida que el conflicto no se propague. La divergencia puede crecer hasta proporciones catastróficas, incluso insolubles, si se propaga y más personas toman conocimiento de ella. Generalmente, algunos toman partido, favoreciendo a unos sobre otros; surgen comentarios exagerados y de desprecio, y el dolor puede aumentar, lo que causa heridas que demoran en cicatrizar. La mejor actitud es buscar directamente a los involucrados e invitarlos a un diálogo franco y abierto, bajo la dirección del Espíritu del Señor.

No temas pedir ayuda. “En la multitud de consejeros hay seguridad” (Prov. 11:14). Puede haber situaciones en las que sea necesaria la presencia de otras personas con más experiencia, o incluso profesionales de áreas específicas, para encontrar una solución. Por lo tanto, no dudes ni vaciles en pedir ayuda.

Conclusión

Mientras estemos en la Tierra tendremos que batallar con divergencias en la iglesia,

pues nuestra comunidad está formada por personas portadoras de su naturaleza pecadora y egoísta. No obstante, la mejor herramienta a nuestra disposición es el diálogo, y la mejor actitud siempre será el perdón.

Los conflictos son oportunidades que tenemos para ejercitar el perdón y avanzar. El perdón, sin embargo, antes que un sentimiento, es una decisión. Existen situaciones en las que es necesario decidir perdonar y, a partir de allí, se produce el sentimiento en el corazón. Tal vez, una de las mayores fuentes de conflictos, tanto en la iglesia como fuera de ella, sea el buscar en los demás un ideal de conducta de acuerdo a nuestra medida. Necesitamos buscar la unidad sin olvidarnos de que la diversidad confiere belleza al cuerpo de Cristo. Cuando comprendamos eso, estaremos maduros para ser promotores de la paz. “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mat. 5:9).

“Dios no es Dios de disensión, sino de paz; como en todas las iglesias de los santos” (1 Cor. 14:33), y quiere que hoy día se observe orden y sistema en la conducta de la iglesia, lo mismo que en tiempos antiguos. Desea que su obra se lleve adelante con perfección y exactitud, con el fin de sellarla con su aprobación. Los cristianos han de estar unidos con los cristianos y las iglesias con las iglesias, de suerte que los instrumentos humanos cooperen con los divinos, subordinándose todo agente al Espíritu Santo y combinándose todos en dar al mundo las buenas nuevas de la gracia de Dios”.⁶ **MA**

Referencias

- ¹ Stella Ting-Toomey, “Toward a Theory of Conflict and Culture”, *Communication, Culture and Organizational Processes* (Thousand Oaks, CA: Sage, 1985), p. 72.
- ² Diccionario Real Academia Española, “conflicto”, en <https://dle.rae.es/?id=AGHyxGk>
- ³ Elena de White, *Los hechos de los apóstoles* (Florida, Bs. As.: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009), pp. 73, 74.
- ⁴ *Ibid.*, p. 74
- ⁵ Elena de White, *Testimonios para la iglesia* (Miami, Florida: APIA, 2008), t. 5, p. 577.
- ⁶ Elena de White, *Los hechos de los apóstoles* (Florida, Bs. As.: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009), p. 80.

Pasión
por la **MISIÓN**

Día del pastor
19 de octubre



Los “espíritus encarcelados”

Una interpretación alternativa de 1 Pedro 3:18 al 22.



Edcarlos Menezes, doctorando en Teología, es pastor en Cuiabá, Mato Grosso.

Kim Papaioannou, Doctor en Teología, es pastor en Chipre.

“**P**orque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (1 Ped. 3:18-22).

Este texto es uno de los pasajes más difíciles del Nuevo Testamento. La afirmación del versículo 19 de que Jesús “fue y

predicó a los espíritus encarcelados” deja perplejos a muchos lectores. Sería justo afirmar que la declaración de Pedro de que en las epístolas de Pablo hay “algunas [cosas] difíciles de entender” también puede aplicarse a esta sección de su propia carta.

Nos encontramos aquí, entre otros, con los siguientes planteos: (1) ¿cuál es el significado de la frase “a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu”? (2) ¿A quién se refiere la expresión “en el cual”, al inicio del versículo 19? (3) ¿Cuál es el significado del verbo “predicar” en el contexto del pasaje? (4) ¿Quiénes son los “espíritus encarcelados”? (5) ¿Dónde y cuándo ocurrieron los eventos descritos? A lo largo del tiempo, tres interpretaciones procuraron dar respuesta a estas cuestiones.

Interpretaciones principales

Jesús predicó a los espíritus desencarnados en el infierno. Algunos interpretan el pasaje diciendo que Cristo, en el período entre su muerte y su resurrección, fue al infierno y predicó a los espíritus desencarnados de aquellos que habían muerto en el período del Antiguo Testamento y nunca habían oído el evangelio o rechazaron a Dios. Después de haber completado su obra en la Cruz, Jesús estaba, entonces,

ofreciéndoles una nueva oportunidad de salvación. Los espíritus de los muertos, de acuerdo con esta interpretación, ahora podían oír el mensaje de Jesús, responder y tomar decisiones.¹

Esta interpretación, sin embargo, es teológica y gramaticalmente imposible. Teológicamente, es contraria a la enseñanza bíblica de que no hay posibilidades de salvación después de la muerte (por ejemplo, Heb. 9:27; Sal. 88:10; 115:17). Además, la Biblia enseña que en la muerte los seres humanos duermen hasta la resurrección (Job 14:10-12; Sal. 146:4; Ecl. 9:5, 10; 1 Cor. 15:16-18; 1 Tes. 4:13-15).

Gramaticalmente, la predicación a los espíritus no se hace por un Jesús desencarnado en el intervalo entre su muerte y su resurrección; es hecha por Cristo resucitado en forma corpórea plenamente glorificada. Esto es evidente en los dos participios griegos del versículo 18: *thanatōtheis* (“muerto”) y *zōpoiētheis* (“vivificado”). Ambos son masculinos. De este modo, no pueden referirse al “espíritu de Jesús”, dado que el término griego para “espíritu”, *pneuma*, es neutro. Tampoco pueden indicar una supuesta “alma” desencarnada de Cristo, dado que la palabra griega para “alma”, *psuchē*, es femenina. Dado que estos términos no pueden referirse al espíritu o

al alma, ambos participios solo pueden referirse a él, masculino, de Jesús, como una persona completa. El primero se refiere a su muerte física, a su cuerpo mortal terrenal; el segundo, a su resurrección para una existencia glorificada.²

Jesús predicó a los antediluvianos. Otros sugieren que Jesús, “mediante” el Espíritu Santo, trabajando por intermedio de Noé, predicó a los antediluvianos durante el tiempo de construcción del arca. Esta es la opinión dominante entre los estudiosos adventistas. El *Comentario bíblico adventista* identifica a los espíritus en prisión con las siguientes palabras: “La primera parte del vers. 20 indudablemente los identifica como personas que vivieron en la Tierra inmediatamente antes del Diluvio.”³

Aunque este punto de vista sea mejor, aún tiene sus dificultades. Una de ellas tiene que ver con el tiempo. El texto presenta una progresión cronológica que comienza con la muerte de Jesús, continúa con su resurrección y culmina con la proclamación a los espíritus encarcelados. Entonces, para ser justos con el pasaje, debemos localizar el evento de la predicación después de la resurrección. Otro problema tiene que ver con el Espíritu Santo. Mientras algunas traducciones ven al Espíritu en la frase *zōpoiētheis de pneumatī* (“vivificado en/por el espíritu”), la referencia al espíritu probablemente se refiera más a la naturaleza del cuerpo resucitado de Jesús, un cuerpo espiritual glorificado (cf. 1 Cor. 15:35, 54), que al propio Espíritu Santo.⁴

Jesús predicó a los ángeles vigilantes. La tercera interpretación sugiere que Jesús predicó a los Vigilantes, un grupo de ángeles que, de acuerdo con un mito judaico, codiciaron y se casaron con mujeres. El resultado fue el nacimiento de gigantes que llevaron al mundo a la perdición, lo que provocó, finalmente, el Diluvio. Ese mito es una interpretación de la historia de Génesis 6:1 al 7:6, que identifica a los “hijos de Dios”

que se casaron con las “hijas de los hombres” como ángeles.⁵ Aparece en varios escritos judaicos, con un mayor realce en 1 Enoc, obra pseudoepigráfica del siglo II a.C. El libro afirma que eran doscientos ángeles y los llama Vigilantes. Esa idea es popular en la comunidad académica.

Sin embargo, un análisis cuidadoso de Génesis 6:1 al 7 revela que los “hijos de Dios” no son ángeles caídos, sino los descendientes de Set que fueron obedientes a Dios hasta que se casaron de modo inadecuado. Del mismo modo, las “hijas de los hombres” con las que se casaron los “hijos de Dios” eran descendientes de Caín que vivían en apostasía.⁶ Además, Jesús afirma que los ángeles no se casan (Mat. 22:30), lo que anula el mito judío. Además, si Pedro tuviese en mente a los Vigilantes, ¿por qué Jesús les “predicaría” solamente a ellos, un grupo de doscientos ángeles, y no al incontable resto de los ángeles caídos (un tercio de los ángeles, de acuerdo con Apoc. 12:4), que también necesitaban oír el mensaje de salvación? Esta interpretación no hace justicia al texto bíblico.

Una interpretación alternativa

La muerte y la resurrección de Jesús. Después de abordar los sufrimientos que los primeros cristianos estaban enfrentando (1 Ped. 3:13-17), Pedro se enfoca en los sufrimientos que Jesús soportó, concentrándose en su muerte y su resurrección. El apóstol usa la expresión *thanatōtheis men sarki, zōpoiētheis de pneumatī*, literalmente, “muerto en/por la carne, pero vivificado en/por el espíritu”. La palabra *sarki* (“carne”) probablemente indique la naturaleza física que Jesús asumió en la Encarnación.⁷ El término contrasta con *pneumatī* (“espíritu”), lo que parece sugerir que *pneumatī* se refiere al cuerpo glorificado de Cristo. Él murió en su naturaleza humana, mortal, y fue resucitado como un ser glorificado.

La proclamación de Jesús. Pedro continúa: “[...] en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados” (vers. 19). El griego en *ō*, traducido como “en el cual”, indica el estado resucitado del Jesús glorificado. Después de su resurrección, en su existencia glorificada, Cristo fue a los espíritus encarcelados.

La preposición *en* (“en”), que se encuentra en la frase *en phylakē* (“encarcelados”, o “en prisión” BLPH), tiene un sentido locativo⁸ y se refiere a un lugar específico en el que los espíritus fueron aprisionados. Los comentaristas a veces interpretan el sustantivo *phylakē*, “prisión” alegóricamente, refiriéndose, por ejemplo, al apresamiento espiritual y a la esclavitud del pecado. Sin embargo, las 47 veces que la palabra aparece en el Nuevo Testamento (NT) siempre tienen un significado literal y se refiere a una prisión o a un individuo que la cuida. Debemos notar incluso que el NT nunca aplica el término *pneuma* (espíritu) a los humanos pecadores. De las 32 veces que el plural es utilizado en el Nuevo Testamento, 24 se refieren a los ángeles, principalmente a los caídos.⁹

Considerando estos datos, parece adecuado entender los “espíritus encarcelados” como ángeles caídos apresados por Dios en la Tierra. Acerca de ellos, Judas declara: “A los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (vers. 6). Las expresiones “guardado bajo oscuridad,” y “prisiones eternas” sugieren que esos espíritus malignos están, de hecho, presos.

Pero ¿cómo fueron desobedientes en el tiempo de Noé los ángeles caídos, según declara 1 Pedro 3:20? El griego *apeitheō* (“desobedecer”) puede sugerir que ellos no creían en el mensaje del diluvio y no esperaban que Dios realmente manifeste su justicia, destruyendo a los antediluvianos inicuos. Entonces, cuando esto ocurrió,



“A los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día.”



cuestionaron la justicia divina misma.¹⁰

Si nuestra sugerencia es correcta, ¿en qué sentido Jesús “predicó” a los ángeles caídos? El uso del verbo *kēryssō* es importante. Aunque generalmente sea traducido como “predicar” y esté relacionado con la idea de la proclamación del evangelio, significa literalmente “anunciar algo, proclamar noticias”;¹¹ sean buenas o malas. En español, la versión *Dios habla hoy* es más precisa en 1 Pedro 3:19 al traducir *kēryssō* como “proclamar”. Así, Jesús no visitó a los ángeles caídos para predicarles el evangelio, sino para anunciarles tanto su victoria como la derrota de ellos y su destino inminente.

En relación con esto, es interesante notar un paralelismo entre los versículos 19 y 22; en ambos se utiliza la palabra *poreutheis* (“él fue”). Primero, en 1 Pedro 3:19, Jesús “fue” a los espíritus en prisión; entonces, en el versículo 22, él “fue” al cielo, a fin de ser entronizado a la diestra del Padre. En ambos casos, el término *poreutheis* está precedido por referencias a la resurrección. En el versículo 19, *zopoiētheis* (“vivificado”) aparece antes de *poreutheis*, mientras que en el versículo 22, el término es precedido por *di’ anastaseōs ēsou Christou* (“la resurrección de Jesucristo”).

Entonces, después de la resurrección, Jesús hizo dos cosas. Primero, fue a los espíritus encarcelados a anunciarles su victoria, que sellaba la perdición de ellos, y después subió al cielo para sentarse a la diestra del Padre. Existe una relación entre los dos eventos. Al derrotar a Satanás y sus ángeles, Jesús es exaltado a su posición de autoridad como conquistador: “[Jesús] habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (vers. 22). En otras partes del Nuevo Testamento, expresiones

semejantes a “ángeles, autoridades y potestades” son utilizadas para referirse a los ángeles caídos (por ejemplo, Efe. 1:21; 6:12; Col. 1:16). Con el enemigo derrotado, Jesús puede ahora declarar a sus discípulos poco antes de su ascensión: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mat. 28:18).

El anuncio de Cristo a los ángeles caídos también ayuda a explicar Apocalipsis 12:12, que dice: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. Satanás sabe que tiene poco tiempo porque Jesús ya declaró su derrota y su condenación.

Conclusión

El texto de 1 Pedro 3:18 al 22 es de ánimo para los creyentes que sufren por causa de su fe en Jesús. El apóstol asegura a sus lectores que, aunque Cristo haya sufrido y muerto, resucitó de entre los muertos, proclamó su triunfo a Satanás y sus ángeles, subió al cielo y fue entronizado a la diestra del Padre, como vencedor. Por medio de su victoria, Jesús también puede salvar a aquellos que confían en él y ayudar a sus seguidores, a ti y a mí, en nuestras propias angustias. El sufrimiento y la muerte de Cristo y su victoria sobre los poderes del mal son una fuerte invitación a que muramos al pecado y vivamos de acuerdo con la voluntad de Dios, aun en medio a grandes pruebas (1 Ped. 4:1-3).^{MA}

Referencias

- ¹Ver Uwe Holmer, *Primeira Carta de Pedro* (Curitiba, PR: Editora Evangélica Esperança, 2008), p. 212.
²Ver Ervin Ray Starwalt, “A discourse analysis of 1 Peter” (tesis de doctorado, Universidad de Texas, 2005), pp. 125, 126.
³Francis D. Nichol (ed.), *Comentario bíblico ad-*

ventista del séptimo día (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1996), t. 7, p. 591.

⁴Starwalt, “Discourse Analysis”, p. 127.

⁵Robert Henry Charles (ed.), *The Pseudepigrapha of the Old Testament* (Oxford: Clarendon Press, 1913), t. 2, pp. 191-199. Ver también *Comentario bíblico adventista del séptimo día* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1996), pp. 592-594.

⁶Ver Reinaldo W. Siqueira, “The sons of God in Genesis 6:1-4”, *Kerygma* 1, N° 2 (2005), pp. 37-47.

⁷Juan Carlos Pizarro, “Los espíritus encarcelados en 1 Pedro 3:18 al 20” (disertación de maestría, Universidad Adventista del Plata, 1992), pp. 58-61.

⁸Daniel B. Wallace, *Greek Grammar Beyond the Basics* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1996), pp. 372-375.

⁹Mat. 8:16; 10:1; 12:45; Mar. 1:27; 3:11; 5:12, 13; 6:7; Luc. 4:36; 6:18; 7:21; 8:2; 10:20; 11:26; Hech. 5:16; 8:7; 19:12, 13; 1 Cor. 12:10; 1 Juan 4:1; 1 Tim. 4:1; Heb. 1:14; Apoc. 16:13, 14). La palabra también se refiere tres veces al espíritu de los profetas (1 Cor. 14:32; 1 Juan 4:1; Apoc. 22:6 [texto griego]), cuatro veces al Espíritu de Dios (Apoc. 1:4; 3:1; 4:5; 5:6) y una vez al espíritu de los justos (Heb. 12:23).

¹⁰“El mismo Satanás, obligado a permanecer en medio de los revueltos elementos, temió por su propia existencia. Se había deleitado en dominar tan poderosa raza, y deseaba que los hombres viviesen para que siguieran practicando sus abominaciones y rebelándose contra el Rey del cielo. Ahora lanzaba maldiciones contra Dios, culpándolo de injusticia y de crueldad” (Elena de White, *Patriarcas y profetas* [Florida, Bs. As.: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2015], pp. 87, 88).

¹¹Timothy Friberg, Barbara Friberg y Neva F. Miller, *Analytical Lexicon of the Greek New Testament* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2000), p. 230.

Fue dicho...

“El Sermón del Monte contiene algunos de los versículos más conocidos de la Biblia, pero no son siempre los más practicados”.

Douglas Morgan



“La salud de una iglesia no se mide por la ausencia de conflictos sino por su capacidad para lidiar con ellos”.

Ernst W. Janzen



“No podemos encontrar al Dios de la Biblia sin seguir la Biblia de Dios”.

Erickson Fabien



“Una iglesia sin misión pronto será una iglesia sin acción”.

George Whitsett



“La vida es un viaje de ida: llega un momento en que descubrimos que no hay retorno. Pasamos solo una vez por las situaciones que aquella nos propone; y estas pueden incluso repetirse, pero las circunstancias nunca serán las mismas”.

Belizário Marques



Más que dinero

La mayordomía en sus aspectos más amplios.



LeRoy E. Froom, fue fundador y editor de la revista *The Ministry* durante 22 años.

La codicia es uno de los enemigos más terribles del hombre. La maldición de las riquezas trajo más sufrimiento a la raza humana que, tal vez, cualquier otra cosa. La codicia inspiró los actos más bajos de la historia: imperios que fueron destruidos, naciones arruinadas, continentes que se sumergieron en las guerras más devastadoras, personas que se involucraron en disputas amargas, no a causa de la pobreza extrema, sino por el abuso injusto y perverso del dinero.

En la Biblia, la codicia es considerada uno de los pecados más condenables. El décimo Mandamiento está dedicado a ella, señalándola como uno de los adversarios más difíciles de la vida. Acán (Jos. 7), Giezi (2 Rey. 5:20-27) y Ananías y Safira (Hech. 5:1-11) son ejemplos de que Dios no dejará impunes a aquellos que codicien y se apropien de lo que no les pertenece. Sin embargo, millares de personas están reteniendo y utilizando habitualmente dinero del Señor.

Para algunos, en el contexto cristiano, la cuestión del dinero es un tema delicado. Cuando un predicador aborda el tema, se expone a ser criticado por aquellos que claman por el "evangelio". Sin embargo, si

este asunto no fuera parte del evangelio, entonces Jesús pasó buena parte de su tiempo predicando y enseñando algo equivocado. Además, una gran porción del Nuevo Testamento presenta un tema extraño a la esencia de su mensaje. El cristianismo práctico requiere que sea discutido el tema del dinero. A menudo esta es la prueba de fuego de toda nuestra vocación.

Podemos suponer que Cristo se limitaría a discursos sobre fe, esperanza y amor. Sin embargo, muchos se sorprenden al saber cuánto tenía para decir sobre el uso correcto o incorrecto de los bienes o el dinero. Ese fue el tema de la mayoría de sus parábolas y sermones.

Jesús y el dinero

Poco después del inicio de su ministerio, en el Sermón del Monte (Mat. 6), Jesús hizo algunas afirmaciones importantes relacionadas con las riquezas. Por ejemplo: "No os hagáis tesoros en la tierra" (vers. 19); "Ninguno puede servir a dos señores" (vers. 24); "No os afanéis por [...] qué habéis de comer o qué habéis de beber" (vers. 25); "Mas buscad primeramente el reino de Dios [...] y todas estas cosas os serán añadidas" (vers. 33).

En Mateo 19:16 al 22, el evangelista narra el encuentro de Jesús con el joven rico. Nota las palabras: "Vende lo que tienes, y dalo a los pobres [...] y ven y sígueme"

(vers. 21). El problema es que el joven rico no se consideraba un mayordomo, sino un dueño. Si hubiera tenido la visión correcta, no le habría resultado difícil separarse del dinero del Señor. Es evidente que Jesús no quería sus bienes, sino su salvación. "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!" (Mar. 10:23).

Cuando Cristo terminó de hablar con el joven rico, Pedro preguntó: "¿Qué, pues, tendremos?" (Mat. 19:27). Jesús le aseguró una recompensa centuplicada y la vida eterna. A continuación, en Mateo 20, está la parábola de los trabajadores de la viña; en Mateo 21, la parábola de los labradores malvados; y en Mateo 22, los fariseos buscan probar a Jesús con relación a los impuestos y los diezmos. Él respondió: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios" (Mat. 22:21). De esta forma, Cristo reconoce el derecho del Estado a los tributos del ciudadano. Es evidente que se está refiriendo al diezmo cuando menciona nuestra relación con Dios en la misma frase.

En Mateo 23, Jesús condena a los diezmadores detallistas que violan groseramente todo el espíritu del diezmo. En Mateo 25 encontramos la parábola de los talentos. El Maestro repite vez tras vez el principio de que Dios nos otorgó esos talentos en confianza, y somos responsables para con él. En Marcos 12, Jesús se sentó a cierta distancia del arca de la ofrenda y presentó

la lección de la viuda pobre. En Lucas 12:15, afirma: "Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee". A continuación, en el contexto de la parábola del rico insensato, concluyó: "Lo que has provisto, ¿de quién será?" (vers. 20).

En Lucas 16 se encuentra la parábola del mayordomo infiel. Aquí está el punto clave: ¡mayordomo de los bienes de Dios! ¿Cómo hacer esta lectura sin obtener la profunda impresión de que no solo hay peligros en las cuestiones monetarias, sino también hay abundante orientación y ayuda? De hecho, existen referencias sobre mayordomía por toda la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

Cuando es correctamente entendido y practicado, el diezmar es un acto de adoración tan esencial como la oración. La adoración es el acto de donarse a uno mismo a Dios. El dinero también es, en cierto sentido, parte de nosotros. El salmista pregunta: "¿Qué pagaré a Jehová?" (Sal. 116:12). La respuesta es: alabanza, adoración, culto, corazón, vida y dinero. Tal reconocimiento es nada menos que un acto de adoración.

El punto esencial no es el diezmo, sino el diezgador; no es la dádiva, sino el donante; no es el dinero, sino el ser humano; no son las posesiones, sino el propietario. Declarar no es suficiente; la práctica debe ir de la mano del testimonio. La consagración debe ser cuidadosamente observada para saber si es legítima o no. Y el diezmo es la forma más concreta, personal, práctica, proporcional y poderosa de reconocimiento del patrimonio de Dios y de la administración humana ideada desde la creación del mundo.

Mayordomía y Pentecostés

La mayordomía era gloriosamente real durante el período de la lluvia temprana. En ocasión de la lluvia tardía, la mayordomía estará nuevamente destinada a tomar su debido lugar. Cuando el Espíritu Santo descendió en el Pentecostés para habitar

en los discípulos, asumió el comando y el control completo de su vida. Nada debía estar fuera de su inspiración y dirección. Concluimos que las posesiones y los gastos financieros de los discípulos estaban sujetos a él. Todo era controlado por el Espíritu Santo y gobernado por ese principio. La salvación no sería adecuada ni completa si no proporcionara liberación del poder maligno del dinero.

La lección del Pentecostés es la garantía de que cuando el Espíritu Santo habita en su plenitud en el corazón las posesiones terrenales pierden el primer lugar; el dinero es valorado apenas como una prueba de nuestro amor a Dios y el servicio a nuestros semejantes. Así, ejercitamos nuestra fe tanto cuando devolvemos nuestro diezmo a Dios como cuando observamos el sábado. No podemos servir a Dios y al dinero, pero podemos servir a Dios con nuestro dinero. La queja actual de que hay falta de dinero para la obra del Señor es una evidencia de la medida limitada del conocimiento del Espíritu Santo en nuestro medio.

El verdadero propietario

Dejemos la discusión financiera para revisar los principios que forman la base de la mayordomía. Piensa nuevamente en Dios como propietario. El mundo es del Señor porque él lo creó. Por lo tanto, él tiene dominio sobre todas las cosas. A su vez, al ser humano le toca velar por sus posesiones, sabiendo que no tiene dominio absoluto sobre ellas. De esta manera, el acto de diezmar indica si reconocemos que somos apenas mayordomos o si actuamos como propietarios.

La vida es un don de Dios. Sin él, nada podemos hacer. No podemos producir ni obtener algo sin la cooperación continua del Creador. Cada ser humano que viene al mundo está en deuda con el Señor y depende de su generosidad. Vivimos en su tiempo y negociamos con su capital, provisto bajo la condición de que él reciba

la décima parte en primer lugar y que sea el acreedor principal. Entonces, diezmar es un reconocimiento del dominio de Dios en sus propios términos. Esa es la verdadera filosofía cristiana sobre el dinero y la propiedad. Si me vuelvo infiel, traicionaré la confianza en mí depositada, seré moroso y perderé mi derecho a la sociedad con Dios.

Este reconocimiento de la soberanía de Dios se convierte en una tremenda fuerza espiritual, porque conscientemente me someto a él como socio para toda la vida y su amoroso cuidado está constantemente ante mí. De este modo, el diezmo se convierte en lo que debería ser: una cuestión de corazón, mientras la mayordomía hace de la vida un llamado sagrado.

Mayordomos de Dios

La palabra mayordomo viene del griego *oikonomos*, y da origen al término economista, en español. Un mayordomo es responsable de administrar los intereses de su Señor en ausencia de este. No se trata de servidumbre, sino de una relación de amistad y confianza. Abraham, que devolvía el diezmo, fue llamado amigo de Dios (Isa. 41:8), mientras que "el siervo no sabe lo que hace su señor" (Juan 15:15).

La propiedad de Dios, que implica mayordomía humana, trae consigo responsabilidades solemnes y rendición de cuentas. Al devolver el diezmo, en primer lugar, reconocemos nuestro deber benéfico, personal, periódico y primario con relación a él. Dios no necesita de nuestro diezmo; en realidad, las diez partes pueden ser requeridas por Dios según lo desee. Pero la práctica del principio es necesaria para el ser humano. El Señor no quiere nuestro dinero, sino nuestro afecto, nuestra convicción y nuestra confianza en él.

El beneficio del diezmo

El Señor nunca establece una ley que no sea para beneficio humano. El diezmo no es una excepción. No es para el beneficio de Dios,



"El Señor no quiere nuestro dinero, sino nuestro afecto, nuestra convicción y nuestra confianza en él."



sino para nuestro beneficio. Si no fuera útil para el desarrollo de nuestro carácter, no lo habría ordenado. Como sabemos, “el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Mar. 2:27, NVI); del mismo modo, el diezmo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del diezmo.

La mayordomía entró en acción en el instante en que Adán fue hecho un “alma viviente” por su Creador. Por lo tanto, no tiene origen en la promulgación de una ley. Si Adán fuese el único ser humano, aun así sería responsable ante Dios. Es una redundancia decir que todas las leyes divinas existen para la felicidad plena de sus criaturas. Cada “no” del Decálogo atiende una necesidad básica. Las leyes de Dios no crean deberes, los definen. De esta forma, toda ley moral existió como una necesidad antes de su promulgación. Este es el fundamento eterno de la mayordomía.

Un detalle importante en relación con la

mayordomía es que la devolución del diezmo no nos da derecho a utilizar lo restante como mejor nos parezca. Al proveer los motivos que gobiernan tanto la adquisición como la donación, la mayordomía afecta todo el uso del dinero; por eso, es mucho más profunda que el diezmo, pues abarca toda la vida. Requiere plena consagración a Dios, haciendo lo que Cristo requiere en todas las áreas de la vida, reconociendo su propiedad y dominio en todo momento. Eso es justificación aplicada y una demostración de fe.

Más que el dinero

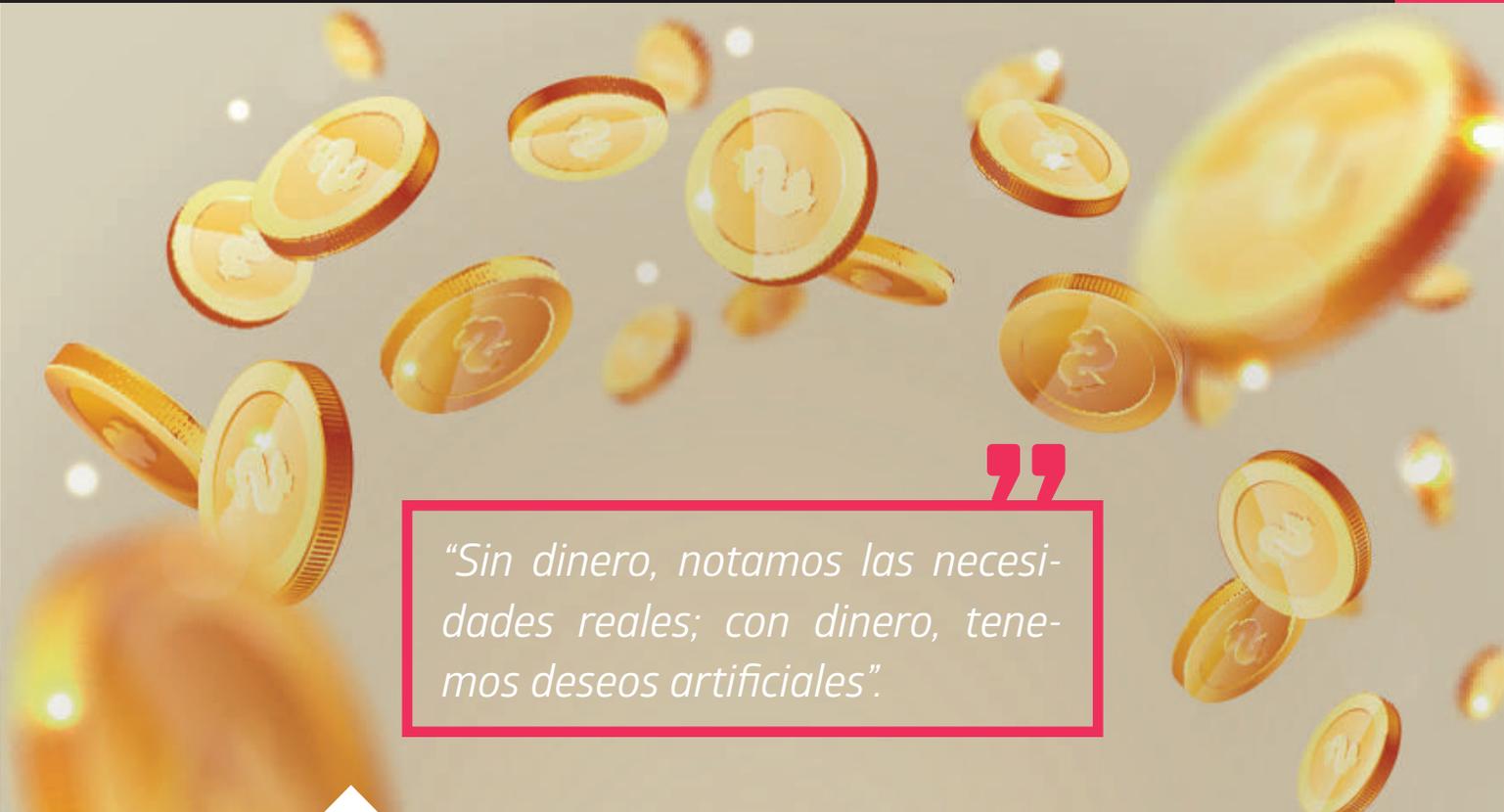
El principio de que la consagración personal viene antes que la consagración de los bienes se expresa de la siguiente manera en las Escrituras: “A sí mismos se dieron primeramente al Señor” (2 Cor. 8:5). La donación de dinero no sustituye la donación de nosotros mismos. No se compran con dinero los lugares reservados en el Reino de

los cielos. Pedro le dijo a Simón, el mago: “Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero” (Hech. 8:20). Una ofrenda liberal de servicio o de dinero no es suficiente para cubrir una consagración deficiente o inadecuada. Por otro lado, si profesamos entregarnos pero retenemos nuestros bienes, estaremos cerca de hacernos seguidores de Ananías y Safira. Todo es un depósito sagrado que debe ser mantenido o utilizado conforme Dios lo indica. Este es el punto crucial de la mayordomía. Quien falle en esto habrá fallado en todo.

Piensa por un momento en “ganar dinero”. Nuestra sociedad actual está especialmente inclinada a la adquisición de riquezas más que en períodos anteriores. Veamos para que esto no se vuelva la pasión dominante de la vida, porque cuando esto sucede el ser humano se vuelve sórdido, codicioso e indiferente a Dios. Por otro lado, el re-

”

“Requiere plena consagración a Dios, haciendo lo que Cristo requiere en todas las áreas de la vida, reconociendo su propiedad y dominio en todo momento”.



“Sin dinero, notamos las necesidades reales; con dinero, tenemos deseos artificiales”.

conocimiento de la mayordomía eleva la vida a un nivel completamente diferente. Implica honestidad y justicia en todas las relaciones con nuestros semejantes. No hay mayordomía correcta que no incluya la relación del ser humano con sus semejantes. De este modo, ningún centavo deshonesto será llevado al tesoro de Dios.

Además, el reconocimiento de que el Señor está sobre todos evitará amargura y conflictos entre empleadores y empleados. Dará un carácter honesto a todas las transacciones comerciales. La vida no será dividida entre secular y sagrada. Nuestro negocio será tan sagrado como una reunión de oración, y será conducido en el temor de Dios.

Nuevamente, los días que vivimos son días de acumulación de riquezas. Cuanto más tienen las personas, más quieren. Existe, obviamente, una gran diferencia entre nuestros deseos y nuestras necesidades. Bienes considerados un lujo cuando el salario es insuficiente se vuelven necesidades aparentes cuando el sueldo aumenta. Sin dinero, notamos las necesidades reales; con dinero, tenemos deseos artificiales. Como mayordomos, necesitamos ser cuidadosos en esta época de consumo salvaje. Extravagancia sin justificación, promoción del orgullo y del egoísmo, y proveer a los

apetitos de nuestra naturaleza son pecados de nuestra generación.

Conclusión

La mayordomía lleva a economizar en los gastos, lo cual es completamente diferente de la avaricia. “El tiempo es dinero”; pero el dinero, a diferencia del tiempo, puede ser ahorrado. Por otro lado, ambos pueden ser utilizados de manera sabia o insensata. Hay un desastre similar tanto en la avaricia codiciosa como en el desperdicio abundante. Los mayordomos son tanto representantes como siervos. Deben vivir de tal modo que manifiesten la voluntad de su Maestro. Su vida debe estar libre de ostentación. La décima parte de Dios jamás santificará los nueve décimos utilizados en la indulgencia propia. El dinero es el medio supremo que el mundo posee para satisfacer sus deseos. No somos “del mundo”. Al usar el dinero, debemos demostrar que no somos guiados por un principio mundano. Debemos andar como aquellos que “han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gál. 5:24).

Una de las maneras más eficaces de demostrar y mantener la crucifixión de la carne es no utilizar el dinero jamás para satisfacerla. Llenemos nuestra vida con grandes pensamientos sobre el poder es-

piritual del dinero. De este modo, el alma se ilumina; el propósito obtiene su norte; se eliminan de los placeres sociales los elementos perjudiciales; la vida empresarial es conducida bajo la Regla de Oro; y ganar almas se vuelve una pasión. Estas son las bendiciones abundantes que Dios concede a una vida de fidelidad.

Ser un mayordomo es algo solemne. Los mayordomos tienen que dar cuentas. Todo contador enfrenta la llegada de un auditor. Es un asunto serio poseer y administrar la plata y el oro del Creador de todas las cosas, del Juez de la Tierra. Si es injusto que un empleador retenga el salario de un empleado, ¿qué decir acerca de ser voluntariamente culpables de fraude como mayordomos de Dios? Las terribles posibilidades deben solemnizar nuestra mayordomía. Pero felices serán aquellos que oirán las palabras: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré” (Mat. 25:21).

Estos son algunos de los principios de la mayordomía humana y de la propiedad de Dios. ¡Una sociedad y una relación increíbles, y una escuela de formación del carácter! **MA**

La propiciación de la ira divina y el amor de Dios

La gracia divina es ofrecida a todo pecador por medio del sacrificio expiatorio de Cristo.



Isaac Malheiros

pastor del Instituto Adventista Paranaense, en Brasil.

En el año 2013, la comisión que preparaba el nuevo himnario de una gran confesión evangélica de los Estados Unidos quería incluir la famosa canción contemporánea "In Christ Alone", de Keith Getty y Stuart Townend. Sin embargo, para aceptar la canción, los integrantes de la comisión querían que los compositores autorizaran un cambio en la letra: en lugar de decir "hasta que en la cruz, al morir Jesús / la ira de Dios fue satisfecha",¹ sugerían que dijera "hasta que en la cruz, al morir Jesús / el amor de Dios fue magnificado".² La intención era suavizar el mensaje, retirando la referencia a la ira de Dios.

Los compositores no autorizaron el cambio, la comisión rechazó incluir la canción con su letra original, y el himno no entró en el himnario.³ Según la explicación de la comisión, relacionar la Cruz con la ira divina produciría un efecto negativo, en lugar de construir la fe de las nuevas generaciones.⁴ Por otro lado, Keith Getty, compositor del himno, planteó la siguiente pregunta: "¿Por qué muchos cristianos esquivan todo pensamiento relacionado con la ira de Dios?"⁵

¿Propiciación o Expiación?

Aparentemente, la Propiciación es una doctrina bíblica ofensiva para algunos. Hay quienes creen que solo el concepto de expiación, y no el de propiciación, es aplicable a la teología cristiana, pues la muerte de Cristo no tuvo el objetivo de aplacar la ira de Dios.⁶ Libros populares para el público cristiano han presentado a Dios como alguien incapaz de airarse o de castigar.⁷

Otros tratan la expiación y la propiciación como sinónimos, a pesar de que los dos conceptos son muy diferentes. Como destaca correctamente Frank Holbrook: "Propiciación es una palabra personal: se propicia en favor de una persona. Expiación es una palabra impersonal: se expía del pecado o de un crimen".⁸ Es decir, propiciar es aplacar la ira, y expiar es corregir errores.

Los teólogos han debatido este tema en torno del significado de las palabras hebreas (*kipper* y otras relacionadas) y griegas (*hilaskomai* y otras relacionadas). Sin embargo, ya quedó demostrado que esta no es solo una cuestión de traducción de palabras, sino de comprensión de un concepto: la propiciación está presente en diversos contextos, aun cuando esas palabras clave no sean utilizadas.⁹ La idea de la ira de Dios que se levanta y resulta en juicio, castigo, destrucción y muerte¹⁰ está presente en toda la Biblia.¹¹ Su ira santa y

justa no es equivalente a la ira humana, una emoción afín con la naturaleza pecaminosa (Mat. 5:21-26; Gal. 5:20; Efe. 4:31; Col. 3:8).

La diferencia básica entre propiciación y expiación está en la intención. En líneas generales, la propiciación vuelve (o mantiene) a la divinidad favorable al adorador, mientras que la expiación hace reparación por la ofensa cometida. En sus efectos, la propiciación se dirige primeramente a la divinidad; y la expiación, a los hechos de quien ha causado la ofensa a la divinidad.¹²

La Biblia presenta y enseña ambas, expiación y propiciación. Y el testimonio bíblico es claro al describir cómo la ira de Dios contra el pecado fue dirigida a sí mismo (en Jesucristo) a fin de que fuésemos perdonados. La salvación incluye tanto el perdón y la purificación de los pecados como la liberación de la ira divina: expiación y propiciación

Visión distorsionada

Las teologías que están más fundamentadas en sentimientos humanistas que en las Escrituras han oscurecido la santa indignación de Dios y han desarrollado teorías más suaves y más ajustadas a la sensibilidad del ser humano contemporáneo. Entre ellas, se destaca el Universalismo: al final, Dios va a salvar a todas las personas, se hayan arrepentido o no.

El necesario énfasis en la gracia y en el amor de Dios no debe esconder el aspecto santo y justo de su carácter. Dios es misericordioso y amoroso (Sal. 111:4; Luc. 6:36; 1 Juan 4:8), pero también es un “fuego consumidor” (Heb. 12:29) para el pecado, pues “horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo” (Heb. 10:31).¹³

Como destaca John Stott, el pecado no provoca ira en nosotros mismos, y por eso no creemos que el pecado provoque la ira de Dios.¹⁴ Tenemos que ser cuidadosos para no seleccionar de la Biblia solo lo que sea confortable, y crear un Dios que sea meramente la proyección de nuestros sentimientos y conceptos.

Por otro lado, las teologías centradas en el individuo y en su comportamiento también tienden a disminuir la severidad de la ira de Dios y la naturaleza propiciatoria de la muerte de Jesús –una obra que solo él podía haber hecho– al sugerir claramente que sería posible escapar de la ira divina solo imitando su ejemplo. Cuando el ser humano se ve ante Dios, consciente de su condición pecaminosa, siente la necesidad de orar como el publicano: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Luc. 18:13), y no de proclamar sus obras como lo hizo el fariseo (vers. 11, 12).

Pablo, en su Carta a los Romanos, afirmó que la “ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (1:18); que el impenitente acumula para sí mismo “ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (2:5); y que será recompensado con “ira y enojo” (2:8). El apóstol afirmó también que “la ley produce ira” (4:15) y preguntó: “¿Qué diremos? ¿Que Dios es injusto al descargar sobre nosotros su ira? (vers. 3:5, NVI).

Felizmente, Pablo también presentó la solución: somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como

propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia” (3:24, 25), y “estando ya justificados en su sangre [la de Cristo], por él seremos *salvos de la ira*” (5:9). Ese es el cuadro completo.

Una expresión del amor divino

Los críticos de la doctrina de la Propiciación hacen una caricatura del concepto bíblico. Presentan la imagen de un Dios airado que tiene que ser apaciguado por un hijo amoroso. Sin embargo, esa caracterización no es bíblica, pues no existe distinción entre el propósito del Padre y el propósito del Hijo. Padre e Hijo aman de igual modo y tienen la misma intención de salvar (1 Juan 4:10). En otras palabras, el mismo Dios hace la propiciación *por causa* de su amor (Juan 3:16).

Elena de White declara que “este gran sacrificio no fue hecho con el fin de crear amor por el hombre en el corazón del Padre, ni para predisponerlo a salvar. ¡No, no! [...] No es que el Padre nos ame por causa de la gran Propiciación, sino que proveyó la Propiciación porque nos ama”.¹⁵ La muerte de Cristo “no fue la causa del amor de Dios, sino el resultado de ese amor. Jesús murió porque Dios amó al mundo”.¹⁶ El amor divino ofrece lo que la justicia divina exige, y Dios es tanto el reconciliador como el reconciliado (2 Cor. 5:19). En la Cruz, la justicia de Dios y su misericordia se besaron.

Para algunos estudiosos de la Biblia, la Propiciación es una doctrina pagana, pues los paganos ofrecían sacrificios para calmar a sus dioses. Sin embargo, a pesar de la nomenclatura semejante, hay una diferencia teológica entre los conceptos: en la teología cristiana, Dios se sacrificó para aplacar los efectos de su ira. Él “estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19).¹⁷

El concepto bíblico de Propiciación establece que, en la Cruz, Dios propició su propia ira, volviendo contra sí mismo su

indignación, cuando “Cristo debía tomar sobre sí la ira de Dios que, en justicia, debería caer sobre el ser humano”.¹⁸

La Propiciación evoca las palabras de Abraham: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto” (Gén. 22:8), y la afirmación de Isaías de que “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Isa. 53:10). Esta es, por lo tanto, una expresión del amor de Dios por sus hijos, pues “el don que los reconcilia consigo mismo proviene de él”.¹⁹

En el Calvario, Jesús estaba “sufriendo el castigo que nos correspondía, la ira de Dios contra la transgresión”.²⁰ Fue el “sentido de la ira de su Padre” y el “peso abrumador de los pecados del mundo” lo que tan rápidamente puso fin a la vida de Cristo en la Cruz.²¹ El carácter propiciatorio del sacrificio de Cristo lo llevó a pasar por algo semejante a “lo que los pecadores sentirán cuando las copas de la ira de Dios sean derramadas sobre ellos”.²²

Conclusión

Propiciación y Expiación van de la mano, y el desvío de la ira de Dios se dio por medio de la Expiación.²³ Conceptualmente, el Día de la Expiación (Lev. 16) contenía elementos de la Propiciación y de la Expiación, remoción de pecados y aplacamiento de la ira divina. Estos elementos continúan en el Día antitípico de la Expiación. Por eso, la predicación bíblica contemporánea debe preguntarse seriamente: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Heb. 2:3). La Biblia enseña que la justicia implica castigo, y esa visión no es exclusiva del Antiguo Testamento (2 Ped. 2:4-9; Mat. 23:29-38; 2 Cor. 5:10, 11).

Si la Biblia no tiene ninguna dificultad en vincular el amor de Dios con el concepto impopular de Propiciación, nosotros tampoco deberíamos tenerla. En lugar de separar el amor de la Propiciación, tenemos que darles el lugar que la Biblia les concede, pues es solamente en el sacrificio propiciatorio y



“Tenemos que ser cuidadosos para no seleccionar de la Biblia solo lo que sea confortable, y crear un Dios que sea meramente la proyección de nuestros sentimientos y conceptos”.



expiatorio de Cristo que el amor encuentra su máxima expresión: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

Cuando es correctamente comprendida, la doctrina de la Propiciación nos coloca de rodillas y vacía toda pretensión humana de autosalvación. A medida que comprendemos la severidad de la ira de la cual escapamos, y cuánto le costó al Padre, nos convencemos de que no teníamos ni la menor chance de salvación. Nuestra única reacción debe ser semejante a la de los ancianos de Apocalipsis 4:10: quitarnos la corona de nuestra cabeza, echarla delante del Trono, a los pies de Dios, y adorar a aquel que vive por siempre y para siempre. **MA**

Referencias

¹ En inglés: “The wrath of God was satisfied”.

² En inglés: “The love of God was magnified”.

³ Himnario *Glory to God*, Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos (PCUSA). Anteriormente, en 2010, otro himnario ya había publicado el himno con el texto alterado sin la autorización de los compositores. Ver David Music (ed.), *Celebrating Grace Hymnal* (Macon: Mercer University, Celebrating Grace, 2010).

⁴ Ed Thornton, “The wrath of God was satisfied” loses hymn its place in new book”, <<https://is.gd/fgWpXf>>

⁵ Jim White, “Removal of song from a hymnal because of reference to an atonement theory is drawing the ire of some”, <<https://is.gd/uiVzZd>>

⁶ La propiciación es esencialmente un proceso por el cual alguien le hace un favor a una persona a fin de conseguir su favor; pero en el Nuevo Testamento Dios nunca es objeto de propiciación, dado que él ya está del lado de las personas”. Ver los subdominios 40.9 y 40.12 en Johannes Louw, Eugene Nida y Rondal Smith, *Greek-English Lexicon of the New Testament: Based on semantic domains* (Nueva York: United Bible Societies, 1988-1989), t. 1.

⁷ William P. Young, *A Cabana* (Río de Janeiro: Sextante, 2008.), pp. 109, 174, 208.

⁸ Frank B. Holbrook, *O Sacerdócio Expiatório de Jesus Cristo* (Tatuí, SP: Casa Publicadora Brasileira, 2002), p. 90.

⁹ Gén. 8:21; 1 Sam. 26:19; Job 42:7, 8; Eze. 5:13. Los textos bíblicos en este artículo corresponden a la versión Reina-Valera 1960.

¹⁰ Éxo. 32:14, 30; Núm. 25:13; 2 Sam. 21:1-14; 2 Rey. 24:1-4; Sal. 106:30; Lam. 3:42-47; Dan. 9:7-19.

¹¹ Para un estudio más profundo sobre la ira de Dios, ver Emilson dos Reis, *A Ira de Deus no Mundo dos Homens* (Tatuí, SP: Casa Publicadora Brasileira, 2017).

¹² David Hill, *Greek Words and Hebrew Meanings: Studies in the Semantics of Soteriological Terms* (Eugene: Wipf and Stock Publishers, 2000), p. 23.

¹³ “Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo” (Heb. 10:30). Por eso, debemos servirlo “agra-

dándole con temor y reverencia” (Heb. 12:28).

¹⁴ John Stott, *A Cruz de Cristo* (San Pablo: Vida, 1991), p. 98.

¹⁵ Elena de White, *El camino a Cristo* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2014), p. 11.

¹⁶ Elena de White, “Ye Are Laborers Together With God”, *The Review and Herald* (2/9/1890).

¹⁷ Según Holbrook, la muerte de Cristo “jamás significó el *aplacamiento* de la ira del Padre del modo en que los paganos aplacan a sus dioses. Al contrario, su muerte fue el medio por el cual el Dios triunfo decidió aplacar o sofocar la ‘ira’ divina de una forma coherente con su santidad y que, al mismo tiempo, tornase posible la salvación de los pecadores arrepentidos”, p. 90.

¹⁸ Elena de White, *Confrontation* (egwwritings.org, Ellen G. White Estate, 2011), p. 19.

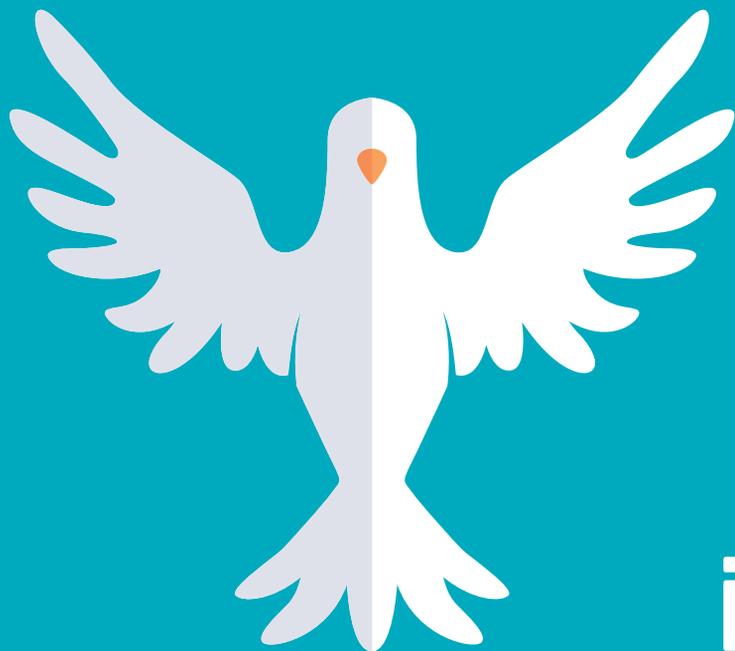
¹⁹ Elena de White, *Profetas y reyes* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2008), p. 505.

²⁰ Elena de White, *Mensajes selectos* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2015), t. 3, p. 154.

²¹ Elena de White, *Joyas de los testimonios* (egwwritings.org, Ellen G. White Estate, 2012), t. 1, p. 225.

²² *Ibid.*, p. 227.

²³ Elena de White, *Carta 91*, 30/1/1895. Ella cita Heb. 2:17 en la versión King James y completa el argumento: “[...] ‘para hacer reconciliación por los pecados del pueblo’ por medio de la expiación”.



Llamado inusitado



Oscar Daza Montaña, pastor en Coroico, Bolivia.

En algunas ocasiones me he preguntado cuál es el factor clave para “convencer” a las personas de que acepten a Jesús: si es la buena oratoria, el conocimiento intelectual o la sensibilidad al hablar. Sin embargo, gracias a varias situaciones, entendí que no es el hombre quien realiza esta obra, sino el poder del Espíritu de Dios.

El distrito en el que tengo el privilegio de servir a la iglesia tiene un grupo llamado Belén. Para llegar a él, tengo que caminar casi dos horas. Esta comunidad se encuentra en el medio de la selva y las casas están muy distantes unas de otras. Para visitar a la hermandad, siempre pasaba por una curva donde se encuentra una casa aislada, en la que vive un hombre solitario, con apariencia de no tener muchos amigos. Las veces que he conseguido saludarlo apenas asintió con la cabeza como respuesta.

Pregunté acerca de aquel hombre a los miembros de iglesia, y supe que hacía muchos años había participado de nuestros cultos, pero se había alejado. También descubrí que su nuera asistía a nuestra congregación, con sus dos hijos pequeños, de tanto en tanto.

Cierto sábado teníamos programado oficiar un bautismo en el río que cruzaba

aquella región. Para llegar hasta el lugar, teníamos que hacer una larga caminata y pasar, en el trayecto, por la casa de aquel hombre. Al aproximarnos a su humilde paradero, lo vi sentado y les dije a los hermanos que me acompañaban que lo invitaría a participar de los cultos. Entonces, habló su nuera, y dijo: “Pastor, él ya conoce la Biblia, a la iglesia y a Dios. Solo le falta bautizarse. ¡Hágale un llamado a que acepte el bautismo!” Respondí que sería mejor visitarlo con calma y comenzar un estudio bíblico antes de que se bautizara, pero mis compañeros de caminata insistían con la idea. La situación era extraña, pues ¿cómo podría llamar al bautismo a alguien que no conocía?

Cuando nos acercamos, me volví hacia él para saludarlo. Antes de poder decir algo, sin embargo, el hombre se adelantó y me dijo: “Tú eres el pastor, ¿no?” “Sí”, respondí. Entonces, me preguntó: “¿Qué tienes para regalarme? ¿Algún folleto? ¿Alguna revista? ¿Algún libro?” Revisé la carpeta que llevaba conmigo, con el fin de ver si encontraba algo para darle, pero, lamentablemente, solo tenía cosas personales. En ese momento, recordé las voces insistentes que decían: “Hágale un llamado a que acepte el bautismo”, y le dije: “Mira, en este momento no tengo nada para darte, pero quiero ofrecerte algo mejor. Quiero invitarte a bautizarte”. Él me miró fijamente y me respondió: “¿Usted quiere bautizarme?

¿Está seguro?” Por un momento pensé que se había irritado por la invitación, pero a continuación me dijo: “Está bien. Voy más tarde”. Y entró en la casa. Los hermanos que me acompañaban insistían en que viniera con nosotros, pues dudaban de si aquella respuesta no había sido dada por impulso.

Cuando llegamos al río, preparamos todo para la ceremonia bautismal. ¡Imaginen nuestra sorpresa cuando vimos al hombre descender con una mochila, en la cual tenía ropa blanca para el bautismo, una revista que había recibido como presente hacía mucho tiempo, un himnario antiguo y gastado, y una Biblia en buen estado de conservación! Me aproximé y le dije: “¡Viniste!” Y él me respondió: “¡Sí, porque hoy es mi bautismo!” Después de la programación, un miembro de iglesia me preguntó qué le había dicho para “convencerlo” de que se bautizara. Solo respondí: “Dios es quien convence, no el hombre”.

Así como el señor Fortunato entregó su vida a Dios, hay mucha gente que necesita que nosotros, como siervos de nuestro Padre, les demos un “empujón” para que tomen decisiones para vida eterna. Entendí que hay mucha gente que está esperando recibir un presente, un folleto, una revista o un libro. No solo eso, hay mucha gente esperando recibir la gracia y la misericordia que es un regalo que solo el Señor puede dar. **MA**

Claves para el crecimiento

Los ingredientes fundamentales para la expansión de la iglesia.



Heber Toth Armí, Magíster en Teología, es pastor en Osório, Rio Grande do Sul, Brasil.

El cristianismo nació con un pequeño grupo de personas sencillas de la Palestina del primer siglo. No obstante, en poco tiempo impactaron todo el Imperio Romano. A lo largo de la historia, la iglesia adquirió recursos y desarrolló estrategias para lograr crecimiento numérico y cumplir la misión, lo que puede ser fácilmente constatado en los libros y los sitios que se dedican al tema.

Sin embargo, a pesar de esto, el hecho es que Jesús no regresó y todavía estamos aquí. Esto nos tiene que llevar a reflexionar en algunas preguntas: ¿Está la iglesia, actualmente, avanzando territorialmente más que en los días apostólicos? ¿Crece numéricamente más rápido que en sus comienzos? ¿Está más activa hoy que en sus inicios?

Al observar los primeros capítulos de la historia del cristianismo, encontramos

algunas verdades que deben hacernos repensar nuestras estrategias de crecimiento de iglesia.

Consagración y crecimiento

Jesús había muerto y resucitado. La solución para la perdición humana estaba asegurada. Pronto, el mensaje de redención debía ser predicado con urgencia. Sin embargo, el propio Cristo, el mayor interesado en la salvación de la humanidad, no envió a sus discípulos inmediatamente a la misión después de su victoria sobre el diablo, el pecado y la muerte. Por cuarenta días el Maestro permaneció con ellos (Hech. 1:3). Al subir a los cielos, les pidió que antes de salir a proclamar el evangelio “no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hech. 1:4, 5).

La iglesia apostólica salió a cumplir su misión recién después de haber sido revestida de poder (cap. 2). Este hecho parece reflejar la experiencia de Jesús, que comenzó su

ministerio recién después de haber tenido cuarenta días de consagración (Luc. 3:21, 22; 4:1, 2, 14, 15). Los primeros discípulos permanecieron cuarenta días siendo discipulados por Cristo después de la resurrección, y diez días en el aposento alto, donde unánimes en la comunión, por medio de la oración, esperaron el poder del Espíritu Santo. Allí pusieron aparte toda diferencia, reflexionaron sobre sus creencias y revaluaron sus prácticas, hasta ser revestidos con el poder divino.¹ Lo que podría parecer un atraso para el inicio de la misión evangélica fue la estrategia de Cristo para que tuviera éxito. Esto se evidenció en el resultado del primer sermón, que llevó a casi tres mil personas al bautismo (Hech. 2:41).

El crecimiento demostrado en el Pentecostés no se limitó a esa ocasión. En poco tiempo, la iglesia llegó a los cinco mil miembros (Hech 4:4). Pronto, eran tantos los que creían en el Señor que los cristianos fueron identificados como una “multitud”, en un movimiento que “seguía aumentando” (5:14, 15, NVI). En Hechos 6:7, Lucas afirma que “crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grande-

mente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”.

Enseguida, el relato muestra que no era solo el número de los discípulos lo que aumentaba. Las iglesias también se multiplicaban fuera de Jerusalén (9:31). Dependientes del poder del Espíritu Santo, “eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día” (16:5). En pocos años, millares de judíos creyeron y se unieron a la comunidad de la fe (21:20). Esa explosión numérica ocurrió por el poder sobrenatural del Espíritu Santo que actuaba en los cristianos. La iglesia recién nacida no osó cumplir la misión que Cristo le dio antes de haber sido revestida del poder celestial, y ese fue el resultado. Así, el evangelio fue predicado en “el mundo entero”, “a todas las criaturas que se encuentran bajo el cielo” (Col. 1:6, 23, BLPH). En tres siglos el cristianismo llegó a ser la religión oficial del Imperio Romano.²

Claro que ese fenómeno no tuvo lugar sin obstáculos ni opositores.³ Aunque las persecuciones, las prisiones y las humillaciones intentasen frustrar el crecimiento del cristianismo (Hech. 4:1-22), el movimiento preservó su compromiso con oración y osadía en la predicación. ¿El resultado? “Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios. Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma” (Hech. 4:31, 32). En lugar de que la persecución frustrara a la iglesia, la iglesia frustró la persecución; pues “con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús” (4:33).

El crecimiento de la iglesia atrajo todo tipo de personas, incluso hipócritas. Con un

perfil aparentemente generoso, una pareja deshonesto, Ananías y Safira, murió al utilizar la táctica del padre de la mentira en la iglesia que predica la verdad (5:1-10). Después de su muerte, “vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas” (5:11). Sin embargo, en lugar de inhibir el crecimiento, el versículo 14 informa que “los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres”. Humillación, persecución, prisión o hipocresía, nada pudo limitar la fuerza misionera de la iglesia. ¿Cuál era el secreto? Oración y predicación con el poder del Espíritu Santo.

Hubo otra situación que casi sacó de foco a los apóstoles. “En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos” (6:1). Percatándose de cuál podría ser el resultado de ese conflicto, rápidamente los apóstoles buscaron personas competentes y declararon: “Así nosotros nos dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la palabra” (6:4, NVI).⁴ Así “crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba” (6:7).

Elena de White fue clara en cuanto a la importancia de la oración, al decir que “las mayores victorias de la iglesia de Cristo o del cristiano no son las que se ganan mediante el talento o la educación, la riqueza o el favor de los hombres. Son las victorias que se alcanzan en la cámara de audiencia con Dios, cuando la fe fervorosa y agonizante se ase del poderoso brazo de la Omnipotencia”.⁵ Para los cristianos apostólicos, eso no era retórico; era parte integrante de la vida.

De vuelta a los fundamentos

Los tiempos cambiaron. Millones de personas profesan el cristianismo alrede-

dor del mundo. En Occidente hay libertad religiosa en la mayoría de los países. En comparación con el período apostólico, los cristianos tienen una gran cantidad de recursos humanos, comunicacionales y financieros. El dinamismo visible de la iglesia actual revela que está haciendo todo lo que humanamente está a su alcance. Sin embargo, a pesar de estos aspectos favorables, la realidad es que la iglesia no está creciendo tanto como nos gustaría que lo hiciera. ¿Por qué no tenemos tanto éxito como los apóstoles?

Tal vez sea una tentación, para los cristianos, considerar a la iglesia del mismo modo en que se ve una empresa.⁶ Ambas tienen desafíos, obstáculos, problemas y limitaciones. Para superarlos, sin embargo, las empresas invierten en consultoría, capacitación, recursos financieros, comisiones, planificación y gestión de carrera. ¿Y en cuanto a la iglesia? Sin despreciar las facilidades que las herramientas humanas pueden proveer, el hecho es que la iglesia necesita, antes que cualquier otra cosa, al Espíritu Santo.

Los métodos de liderazgo; institutos de investigación, de crecimiento; consultorías; *coachings*; y tantas otras metodologías que generamos pueden promover algún crecimiento. Pero ¿es suficiente ese despliegue? ¿Cuánto podemos crecer, de hecho, sin el poder divino? Si no nos orientamos hacia la esencia de la cuestión, corremos el riesgo de encontrarnos, en el futuro, con que todo no fue más que tentativas frustradas de sustitución del poder celestial por nuestras estrategias limitadas.

Es imposible para los seres humanos, en el contexto del Gran Conflicto, ampliar



“Elena de White fue clara en cuanto a la importancia de la oración, al decir que ‘las mayores victorias de la iglesia de Cristo o del cristiano no son las que se ganan mediante el talento o la educación, la riqueza o el favor de los hombres. Son las victorias que se alcanzan en la cámara de audiencia con Dios’ ”.



las fronteras del Reino en la cantidad y la calidad esperadas por Dios. Por eso, Jesús determinó que sus discípulos no se ausentasen de Jerusalén hasta ser llenos del Espíritu Santo. ¡La lección es clara! Sin él, la iglesia puede tener todos los recursos posibles, pero no tendrá el poder necesario para realizar lo que hay que hacer.⁷ Sin su poder, la iglesia será guiada por estrategias humanas y, de esa manera, los resultados serán apenas humanos. Por lo tanto, si queremos resultados sobrenaturales, debemos adoptar estrategias espirituales: la consagración por medio de la oración y la osadía en la predicación de la Palabra, como resultados del bautismo del Espíritu Santo.

De este modo, por lo que encontramos evidenciado en el libro de Hechos, la iglesia avanza más sin plata, oro, tecnología, títulos, cultura e influencia cuando está llena del Espíritu Santo que cuando posee recursos

humanos, tecnológicos y financieros pero está desprovista del poder celestial. Por lo tanto, nuestras reuniones eclesíásticas serán plenamente efectivas si en ellas, antes que nada, se dedica tiempo a convocar a los fieles a la consagración por medio de la oración, la sumisión al liderazgo del Espíritu Santo y la búsqueda del reavivamiento, basados en las Escrituras.

En síntesis, el avance sobrenatural de la iglesia no depende de métodos naturales elaborados por el intelecto humano, por más sofisticados que sean. Depende, sí, del poder divino accesible a la iglesia por medio del Espíritu Santo, actuando en la vida de cada uno de sus miembros. Somos incapaces de efectuar aquello que solo Dios puede realizar. Por lo tanto, cuando permitamos que él opere por nuestro intermedio, ¡ciertamente el resultado será sobrenatural; y el crecimiento, excepcional! **MA**

Referencias

¹ Elena de White, *Los hechos de los apóstoles* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009), pp. 29-31.

² Earle E. Cairns, *O Cristianismo Através dos Séculos* (San Pablo: Vida Nova, 2008), pp. 73-135.

³ Cairns, p. 23.

⁴ Hernandes D. Lopes, *Atos* (San Pablo: Hagnos, 2012), pp. 133-139.

⁵ Elena de White, *Patriarcas y profetas* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2015), pp. 201, 202.

⁶ Glenn E. Wagner, *Igreja S/A* (São Paulo: Vida, 2003), pp. 23-26.

⁷ Kwabena Donkor, "O Espírito Santo e a Missão da Igreja", en Reinaldo W. Siqueira y Alberto R. Timm, *Pneumatologia* (Engenheiro Coelho, SP: Unaspres, 2017), pp. 593-608.



Más allá de lo que se ve



José Santos Filho, Doctor en Ministerio y líder del Ministerio de Familia de la Iglesia Adventista en el Sur de Brasil.

Fue una noche angustiante. No pude dormir, confuso en mis pensamientos. Cuando amaneció, estaba decidido. Solo faltaba actuar. Luego de vestirme, verifiqué si la credencial ministerial estaba entre mis documentos y me dirigí a la sede administrativa de la iglesia en mi región. Sin explicación, tiré mi credencial sobre la mesa del presidente del Campo, pidiéndole que me desvinculara del ministerio. Amaba mi trabajo, era mi vida, pero no podía continuar siendo hipócrita, predicando lo que no vivía. “¡No quiero permanecer más en el ministerio!”, exclamé. Él quiso saber por qué. Le conté entonces acerca del dilema que estaba viviendo. Yo era consejero familiar, predicaba frecuentemente sobre la familia y realizaba encuentros de matrimonios. Sin embargo, mi relación conyugal estaba estancada. Mi vida matrimonial no tenía progreso. Lo que es peor aún, tampoco veía cambios en las familias de mis iglesias.

Después de conversar, el presidente no aceptó mi credencial y dijo que creía que Dios mostraría una solución. ¡Qué bueno que no aceptó! Poco tiempo después, tuve un sueño que cambió radicalmente mi ministerio y salvó mi matrimonio. Soñé que estaba volviendo de la Universidad

Andrews, en los Estados Unidos, y en el aeropuerto un amigo me preguntó de dónde estaba viniendo y cuánto tiempo había estado allí. El sueño fue tan real que pensé: “La solución puede estar ahí”.

Le conté a mi esposa y la desafíé a realizar este sueño. Al principio, su respuesta fue negativa. Sin embargo, después de orar pidiendo orientación divina, ella estuvo de acuerdo. ¡Fue grande mi sorpresa cuando vi la lista que preparó con todo lo que necesitábamos hacer, incluyendo la venta de nuestras pertenencias! A comienzos de 1998 llegamos a la Universidad Andrews, en medio de un riguroso invierno. Ese fue nuestro punto de inflexión.

Allí Dios nos mostró que necesitábamos depender totalmente de él y conocernos íntimamente a nosotros mismos. Aquel era un contexto diferente. El Señor utilizó situaciones cruciales para producir en nosotros la percepción de que la mayoría de los problemas que enfrentábamos no tenía nada que ver con nuestro matrimonio, sino con nuestras historias de vida. Por lo tanto, romper los lazos no era la solución. El problema no estaba en el matrimonio, sino en nosotros. Cuando discutíamos sobre nuestro matrimonio, siempre enfatizábamos el comportamiento, no la necesidad de cambio de pensamiento, que resulta en cambio de comportamiento.

Nuestro matrimonio era, en cierto sentido, legalista. Teníamos una lista de cosas que nos habíamos propuesto hacer. Cuando no hacíamos una de estas cosas, reaccionábamos

llevando la situación al plano personal. La gran lucha era: “Tengo derechos y tú no los estás supliendo”. El problema es que cuando llevamos las situaciones al plano personal, el instinto de defensa aparece y perdemos la razón. Cuando reaccionamos, mostramos que estamos presos del pasado, envueltos en pensamientos mentirosos y enfermizos que necesitamos cambiar por pensamientos verdaderos y saludables. La psicóloga Svitlana Samoylenko escribió: “Sean niños en cuanto a la malicia, pero adultos en su modo de pensar” (1 Cor. 14:20, NVI). Aquí podemos observar, sin lugar a duda, la idea de que somos responsables por aquello que pensamos. ¡No somos víctimas de nuestros pensamientos y de nuestras emociones, sino dueños de ellos! La elección de pensar es tuya, y solo tú puedes hacer esa elección” (*Emoções: Eu Tenho Escolha?*, p. 29).

La transformación ocurrió cuando trabajamos nuestras historias, cuando las creencias irreales dieron lugar a las creencias verdaderas. Entonces vino el cambio en nuestras acciones y todo pasó a tener sentido.

Querido pastor, no renuncies a tu matrimonio. Lucha intensamente, identifica tus pensamientos insalubres y permite que Dios los cambie por una autopercepción basada en la verdad, pues el resultado recompensará todo el esfuerzo. Así, lo que está “más allá de lo que se ve” tendrá sentido en tu vida y en tu ministerio. **MA**

Conflictos en la iglesia

Ernst Werner Janzen, Editora Esperança, 2013, 144 p.

El objetivo de este libro es invitar al lector a reflexionar sobre la naturaleza de los conflictos en la iglesia y presentar alternativas de respuesta. En la primera parte aborda temas que ayudan a visualizar la estructura de los conflictos en la comunidad de fe: ¿Cuáles son las causas principales? ¿Cuál es el papel del pastor en medio del conflicto? ¿Cuáles son los conflictos más desafiantes para la iglesia? La segunda parte presenta alternativas de soluciones para administrar las diferentes situaciones conflictivas.

Lo importante no es tener la misma comprensión de los conflictos, sino entender cuán diferentes son nuestras formas de verlos. Considerarlos desde diferentes perspectivas puede ayudar a la iglesia a trabajar constructivamente en su resolución.



Mediación

Carlos Chimpén y Soledad Sagrado, Universidad Adventista del Plata, 2011, 140 p.

Las crisis y los conflictos son parte de la experiencia humana: desempeñan un papel preponderante en las relaciones interpersonales. Esto se debe a la fragilidad y las limitaciones del ser humano, que pueden llevar a las personas, incluso sin intención, a hacerse daño, poniendo en peligro la estabilidad, la duración y la calidad de sus vínculos.

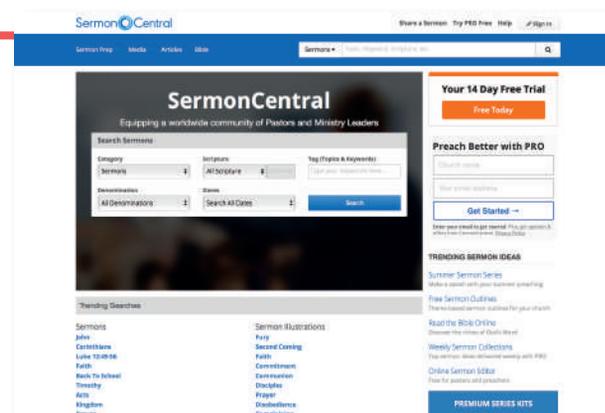
Las partes involucradas pueden experimentar diferentes emociones, negando o minimizando el conflicto, excusando o justificando sus acciones. Todo esto puede generar un rencor y una escalada interminable de agresión mutua. Sin embargo, el conflicto no solo es sinónimo de perjuicio. Hay situaciones en las que puede ser necesario generarlo. La mediación ofrece un camino alternativo.

En la primera parte del libro, los autores analizan conceptos como disputa, conflicto, violencia, arbitraje, conciliación y psicoterapia. La siguiente sección destaca el papel de la comunicación en el proceso de mediación. Dos capítulos están dedicados a las principales estrategias y técnicas de mediación. En la parte final, se analizan diferentes contextos de mediación, como la familia, la sociedad y el medio ambiente.

Sermón Central

<https://www.sermoncentral.com>

Sermón Central es una herramienta valiosa para quienes les gusta predicar. Con más de 150 mil sermones, ilustraciones y materiales disponibles, es líder mundial en recursos para predicadores. Cada semana el sitio recibe 300 nuevos sermones e ilustraciones y es visitado por aproximadamente 250 mil líderes de iglesia. Es fácil acceder a los materiales y navegar en su plataforma digital. Ofrece tres opciones de membresía: usuario común, miembro PRO de Sermón Central o colaborador.





El arte de la paz

Wellington Barbosa, director de la revista *Ministerio Adventista*, edición de la CPB.

“Los conflictos son una realidad omnipresente en nuestra vida, y la negociación es la herramienta principal para resolverlos de modo constructivo”. El autor de esta afirmación, William Ury, es uno de los mediadores más reconocidos del mundo. A lo largo de su carrera participó como consultor en algunos escenarios muy complejos, como la negociación entre el Gobierno de Colombia y las FARC, la conciliación entre etnias en Medio Oriente y la resolución de *impasses* comerciales entre grandes corporaciones.

Desdichadamente, la historia del mundo está permeada por los conflictos desde la entrada del pecado. Las discordias familiares, las disputas por el poder y las luchas entre los pueblos son algunos ejemplos que se encuentran a lo largo de la narrativa del Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, con el foco puesto en el nacimiento del cristianismo, el retrato es diferente. En una mirada rápida a las cartas de Pablo, es posible percibir el clima tenso que experimentaban algunas iglesias en el período apostólico. Seguramente ya has experimentado, o tal vez estés atravesando, algún conflicto en tu ministerio. Diferencias en las doctrinas, disputas internas en la congregación y desavenencias en los hogares de los miembros son algunos ejemplos de aquello que los pastores enfrentan cotidianamente.

Solo con mucha sabiduría es posible triunfar en el desafío de mediar en conflictos y

proponer soluciones justas y equilibradas. Por cierto, Salomón fue ampliamente reconocido como rey sabio a partir de su postura en una situación muy complicada (1 Rey. 3:16-28). En sus proverbios, él compartió algunos consejos fundamentales para quien desea tener éxito en el arte de la mediación.

Pide sabiduría a Dios. “Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia” (Prov. 2:6). No es fácil bregar con situaciones conflictivas en el contexto de la iglesia. Hay muchos factores en juego, y cualquier movimiento equivocado puede traer descrédito al evangelio y redundar en pérdidas para el Reino de Dios. Por eso, nadie debería tener la osadía de actuar como mediador si no reconoce que en esta tarea solo es posible tener éxito al estar revestido con la sabiduría de lo Alto.

Oye. “Es necio y vergonzoso responder antes de escuchar” (Prov. 18:13, NVI). Ser un buen oyente es una característica fundamental para quien desee tener éxito al administrar conflictos. Algunos líderes fallan al expresarse antes de entender todas las fases de una divergencia. En este caso, una parte podrá sentirse favorecida y endurecerse en su reivindicación, mientras la otra podrá asumir una postura defensiva y cerrarse a una posible solución. Al oír con atención, el mediador se coloca en una posición imparcial que estimula la apertura de ambas partes a la construcción de una mejor salida para todos.

Habla con prudencia. “Es muy grato dar la respuesta adecuada, y más grato aun cuando es oportuna” (15:23, NVI). Después de oír a los involucrados en la discusión, el mediador debe presentar de forma clara, ponderada y calma sus observaciones imparciales con

relación al dilema. Debe actuar como un facilitador en el debate, minimizando los ruidos en la comunicación y maximizando los puntos de convergencia entre las partes. Recuerda que “la blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor” (15:1).

Sé paciente. “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; Y el que se enseña de su espíritu, que el que toma una ciudad” (16:32). Administrar las emociones en medio de una discusión no es tarea simple, pero el mediador precisa ejercitar esa habilidad. En el calor del debate, las partes pueden actuar de manera incomprensible u hostil entre ellas, y también contra el negociador. En situaciones así, él debe demostrar dominio propio para “enfriar” la contienda y llevar a los litigantes nuevamente a la racionalidad.

Actúa como pacificador. “Engaño hay en el corazón de los que piensan el mal; pero alegría en el de los que piensan el bien” (12:20). Ser mediador es trabajar para minimizar la divergencia y promover la conciliación entre las partes. Para un ministro, verificar que fue resuelto un conflicto en su distrito trae una enorme satisfacción, pues significa que las iniciativas del maligno fueron neutralizadas, y el interés y el esfuerzo de los involucrados podrán nuevamente ser empleados para promover la voluntad de Dios.

Sun Tzu, militar y filósofo chino del siglo XI a.C., es conocido por su libro *El arte de la guerra*. Como pastores cristianos, nuestro desafío en el siglo XXI es desplegar día a día el arte de la paz en nuestro ministerio. **MA**

BIBLIAS LETRA GRANDE

VERSIÓN PREMIUM

editorialaces.com
0010790

